BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

LOS HIJOS DE SELENE

ralph barby

CIENCIA FICCION



Los hijos de Selene
Ralph Barby

La Conquista del Espacio/125

CAPÍTULO PRIMERO

Pulsó el aerofreno y, automáticamente, también disminuyó la potencia del motor nuclear. Instantes después, detenía su autoaéreo sobre el autopuerto ubicado en la azotea del Center Control Building en Brasilia.

Ian Krover era agente especial del departamento secreto y de seguridad terrestre y acababa de recibir una llamada urgente para que se personara en el despacho del general Harper.

A través de la pantalla buscó un hueco libre en el aparcamiento del autopuerto y, cuando lo hubo localizado, hizo descender su vehículo de gran potencia y maniobrabilidad, un modelo sport de dos plazas y gran maletero.

Era un prototipo fuera de serie de la línea «Mustang», nominado como los legendarios y ya desaparecidos caballos norteamericanos que tan famosos se hicieran en la conquista del Oeste y como la línea de coches de la casa «Ford» hacía ya un siglo.

El modelo «Mustang» de Ian Krover era de fuselaje resistente al máximo y alcanzaba una velocidad diez veces superior a la del sonido dentro de la atmósfera terrestre.

Con aquel vehículo se había atrevido a viajar hasta la mismísima Luna, aunque resultaba algo pesado por carecer de espacio suficiente para estirar las piernas.

Abandonó su «Mustang» quitándose el casco protector de plástico, que tenía una dureza ochenta por ciento superior al acero corriente, y pasó a los ascensores en descenso a la planta cuarenta y dos.

La ascensorista, que le conocía bien, preguntó:

—¿Problemas, señor Krover?

—¿Problemas? —la miró entre irónico y algo pícaro.

La fémina era atractiva, aunque el timbre de voz a Ian Krover le gustaba algo más grave, más sensual, menos fino e hiriente a los tímpanos.

—Cada vez que lo llaman o que viene usted al Centro Control hay problemas.

—Esperemos que no. Mañana empiezo mi período de descanso anual.

El ascensor se detuvo. Con el codo, la ascensorista había oprimido el stop, deteniéndolo entre piso y piso.

—Se ha parado, señor Krover.

Ian Krover resultaba un hombre alto, tenía manos grandes y amplitud de hombros. Su cabello era de un rubio ceniza y su mirada escéptica y el pliegue de dureza de su boca quizá era lo que más atraía a las mujeres.

Se encogió de hombros, resignado, al tiempo que con la zurda pulsaba el botón correspondiente al piso cuarenta y dos en descenso ultrarrápido.

El ascensor se detuvo casi al instante, apenas habían pasado cuatro segundos. La puerta se corrió automáticamente y a la ascensorista la gloria le supo a poco.

—Esta noche estaré en el Amazonia Club.

—Y yo quizá en el crematorio de cadáveres, encanto. Tu lema debe ser «No ames nunca a Krover, puedes estar amando a un muerto.» Chao.

El detector de seguridad del antedespacho del general Harper le dio paso franco y no tardó en hallarse frente al general. Junto a él había dos militares más de alta graduación y un civil.

—Al fin has llegado, Krover.

—Problemas de aparcamiento, jefe. ¿Cuándo ampliarán el aparcamiento del autopuerto?

—Ya están pedidos unos acres de terreno en las áreas colindantes al edificio — puntualizó el hombre civil.

—Usted es el nuevo alcalde mayor de Brasilia, ¿verdad?

—Sí, yo soy.

—A los generales Lacroix y Komarov ya los conoces —dijo el general Harper.

—Sí, y ahora si puedo conocer cuál es el problema... Mañana comienza mi permiso anual.

—¿Adónde piensas ir, Krover? —preguntó el general Harper casi paternal.

—A una isla polinésica, pero no voy a decirle cuál. Será mi refugio de descanso, general. No me agrada que me estropeen el permiso.

—No temas, tendrás tu permiso. Ahora, escucha.

—Soy todo oídos.

—Se trata de un pequeño trabajo, pero es muy secreto.

—Usted dirá, general.

—El mayor González, del servicio de Mundi-Pol en el departamento de San Diego, California, ha tenido noticias del hallazgo de unas excavaciones de una cámara acorazada en terrenos que hace un siglo fueran campos de entrenamiento de los marines estadounidenses.

—¿Una cámara acorazada y subterránea? —repitió Ian Krover.

—Sí. Como está legislado desde que terminó la apocalíptica Tercera Guerra Mundial y se formó el monogobiemo terrestre, todas las armas, fueran de la nación que fueran y que no pertenecieran a la milicia control del monogobiemo, para evitar cualquier guerra posterior, ya que en la pasada estuvo a punto de desintegrarse nuestro astro, serían desarticuladas.

—Sí, ha sido una gran tarea la que han llevado a cabo. Hasta ahora han desarmado artefactos nucleares que quedaron sin estallar en la pasada guerra, energía nuclear que ha sido aprovechada en la paz mundial y en la reconstrucción de nuestra sufrida Tierra —observó Krover.

—Así es, pero como en la Tercera Guerra Mundial fueron destruidos los centros secretos de computadoras y archivos de las naciones que formaban el Club Nuclear y que no respetó ningún pacto de su tiempo, existe la posibilidad de que queden peligrosos artefactos nucleares escondidos en sus puntos estratégicos.

—Creí que la Tierra había sido limpiada ya de tales bombas infernales de destrucción incontrolada. Nuestros antepasados fabricaron esas primitivas bombas para destruir a sus enemigos, al parecer sin importarles demasiado ser destruidos también por las propias bombas.

El alcalde de Brasilia objetó irónico:

—Las llamadas bombas de disuasión.

—Y bien, general, ¿no irá a decirme que dentro de esa cámara acorazada han hallado uno de esos artefactos nucleares?

—No, no se trata de eso, pero si han descubierto una cinta de computadora ultrasecreta que el mayor González nos va a pasar ahora por el video-teléfono de infrarrojos. El está desconcertado y no ha logrado descifrar los orificios en clave de la cinta.

—¿Una cámara acorazada para un cartucho de computadora? —Krover miró escéptico hacia la pantalla del video-teléfono que se iluminó de pronto, apareciendo en ella la tez morena del mayor González, a cargo del departamento Mundi-Pol en San Diego.

—¿General Harper?

—Adelante, mayor González, estamos atentos. La línea de transmisión por infrarrojos asegura que esta comunicación entre San Diego y Brasilia no será interceptada por nadie.

—¿Tiene la descifradora de claves de la edad atómica?

El general Harper pulsó una tecla del panel de selección que tenía en su mesa. Se encendió una luz verde.

—La descifradora de claves del año dos mil está conectada, mayor. Adelante, pase la cinta por la mitad inferior de la pantalla. Automáticamente, nuestra descifradora electrónica nos irá dando la clave.

—Bien, general, todo está listo. Adelante.

Todos los reunidos en el despacho, incluyendo a Ian Krover, fijaron sus ojos en la pantalla del video-teléfono a color.

En la parte superior de la pantalla seguía viéndose el rostro del mayor González, que enviaba la imagen, y en la parte inferior pasaba una cinta perforada.

Apenas habían pasado unos segundos de cinta cuando vieron el terror reflejado en el rostro del mayor González.

—¡Aguarde, no dispare, no dispare!

El rostro del mayor González se llenó de luminosidad al tiempo que profería un alarido. Después, la transmisión se interrumpió, quedando la pantalla en blanco.

Todos se miraron entre sí, preocupados.

El general Harper pulsó una tecla instintivamente.

—¡Mayor González, mayor González, responda!

—Es inútil que siga llamando, general. El mayor González ha debido morir. Le han disparado con un láser y luego han cortado la comunicación.

El alcalde de Brasilia, que equivalía a ser el alcalde de la capital del mundo, gruñó:

—Debe dar parte inmediata a Mundi-Pol para que investigue el caso.

—No tan aprisa —cortó el general Harper inquieto—. Este es un asunto ultrasecreto. Toda la Tierra cree haberse liberado ya de esos perniciosos artefactos nucleares que fabricaron nuestros ancestros.

—Sí, será preferible conocer primero cuáles son los resultados que ha dado la computadora, si es que ha logrado descifrar la cinta —observó Ian Krover.

El general Harper pulsó otra tecla y la computadora leyó lo descifrado a través de una bocina parlante que sólo podía escucharse en aquel despacho.

«Proyecto Séptimo Sello, bomba HC, termonuclear, diez mil megatones poten...»

El resto fue silencio.

Todos quedaron pálidos, mirándose entre sí. Aquélla era, al parecer, la bomba nuclear más grande jamás construida, posiblemente antes o durante el periodo apocalíptico de la Tercera Guerra Mundial que había transformado la faz de la Tierra.

—Caballeros, lo que estábamos temiendo es una realidad —anunció grave el general Harper, Ian Krover, que le conocía bien, se fijó en el arqueo peculiar de sus cejas. Se percató de la honda preocupación que le embargaba en aquellos momentos.

—Bien, general, una bomba de diez mil megatones es toda una pesadilla, pero no hay que llorar; todavía no ha explotado.

—Krover, si hubiera explotado, ni tú ni nadie estaría vivo sobre este martirizado planeta.

—Hay que averiguar dónde está oculta esa bomba que nos ha legado la historia y desarmarla para que deje de constituir una amenaza. Una bomba de semejante potencia destruirá todo sistema de vida.

Komarov observó:

—Por lo visto, alguien se ha apoderado de ese cartucho clave que contiene la ubicación de la superbomba secreta. Habrá los

informes para su detonación y también para su desarme en caso de interesar.

El general Harper dijo malhumorado:

—Esas superbombas eran tan secretas que muy pocos conocían su existencia. Sus piezas eran construidas en lugares distintos y quienes las armaban nunca sabían qué era realmente lo que estaban montando. Luego, la emplazarían en un punto estratégico y demos gracias a Dios de que no llegaran a hacerla estallar. Esa bomba de fabricación norteamericana debe ser encontrada sin que nadie se entere de ello y desarmarla. Al término de la Tercera Guerra Mundial, el monogobiemo que se formó redactó la nueva constitución mundial que hacía de toda la Tierra un solo país donde las guerras habían finalizado de modo total y absoluto. Todo ser humano, sin distinción étnica, confía en la constitución y si alguien poseyera esa bomba, podría ser el caos. Krover, tu misión, una vez leído el cartucho en forma secreta, consistía en ir a buscarlo y traerlo aquí para verificar su autenticidad. Luego, un equipo competente ya se encargaría de encontrar la bomba y desarmarla, pero ahora la misión ha sufrido una importante modificación.

—Entiendo. Debo dirigirme a San Diego y averiguar qué le ha ocurrido al mayor González.

—Exactamente. Podría tratarse de un crimen personal. Debes comprobar de inmediato si el cartucho secreto de computadora ha sido robado.

—General, creo que todos estamos pensando lo mismo. Sólo existe un grupo verdaderamente rebelde en nuestra civilización, un solo grupo capaz de interesarse por la posesión de un arma tan importante que podría darle el dominio de la Tierra, y ese grupo es el de los Hijos de Selene.

Cualquiera que hubiese visto los rostros de los hombres allí reunidos al oír pronunciar el nombre del grupo los Hijos de Selene, habría pensado que acababan de comunicarles, contra todo pronóstico, el comienzo de la cuarta y definitiva guerra mundial.

CAPÍTULO II

Con su prototipo superrápido de autoaéreo atómico modelo «Mustang», Ian Krover arribó a San Diego en apenas unos minutos.

Conocía la ubicación del despacho privado del mayor González, jefe del departamento de Mundi-Pol en San Diego.

En la puerta halló un rótulo en el que rezaba: «Ocupado, no molesten.»

Empujó la hoja de madera y ésta cedió. Era obvio que había sido forzada, aunque por lo visto aún no se había descubierto el ataque de que fuera objeto el mayor González.

Descubrió el cadáver sentado en la butaca frente a la pantalla y a la vez cámara para la visión telefónica por infrarrojos. Su cuerpo presentaba las huellas evidentes de haber sido atacado por una pistola láser.

Krover miró hacia los ejes de enviar mensajes. Un carrete estaba vado y en el otro eje faltaba el carrete total.

—No cabe duda, la cinta secreta de computadora ha sido robada —gruñó para sí sin que nadie pudiera escucharle.

De pronto, en el límpido suelo, junto al telecintas, vio un cabello, un cabello que, para unas pupilas menos agudas y expertas que las de Krover, hubiera pasado desapercibido.

Se inclinó con detenimiento y recogió el cabello con cuidado. Lo observó, dio una última ojeada al mayor González y con disimulo, casi furtivamente, abandonó el despacho.

Otros descubrirían el asesinato y la Mundi-Pol se encargaría de su investigación. Ian Krover operaba usualmente y no tenía tiempo que perder.

Lo primero que hizo fue visitar en su habitat, a doscientas millas hacia el interior de California, a su amigo Shoren, eminente químico, que le recibió con los brazos abiertos.

—Por todos los diablos, Krover, te haces difícil de ver.

Shoren era sueco, pero tras sus estudios de alta química se había instalado en California. Era un científico independiente que había tenido sus más y sus menos con los miembros del monogobierno debido a su temperamento y a sus excéntricas genialidades.

Shoren era un hombre bajito y delgado, de cabello rubio crespo, cara magra y de pocos amigos. Algunos habían dicho de él que era un eterno niño travieso, lo que al profesor Shoren le molestaba sobremanera pese a su aparente indiferencia.

—Soy egoísta, Shoren, vengo a ver al científico y no al amigo.

—De acuerdo, de acuerdo, ya sabes que prefiero que me vengan

con la verdad por delante, no tolero las hipocresías. ¿Qué es lo que quieres que averigüe?

De un pequeño sobre plástico, Ian Krover extrajo el cabello y se lo tendió al químico, que se puso las gafas para observarlo mejor.

—Esto es un pelo, y no mío. ¿En qué sopa lo has encontrado?

—En un caldo bastante amargo, profesor Shoren. Ahora, si me dice algo sobre él, le estaré agradecido.

—De acuerdo, lo pasaremos por el macroultramicroscopio y en la pantalla veremos ambos qué particularidades tiene este cabello que tanto te preocupa. Si quieres, hago un análisis completo por espectroscopia.

—No, no hará falta por el momento, quiero observarlo y su valiosa opinión, profesor Shoren.

—Bien.

El cabello fue colocado en el macroultramicroscopio electrónico y en la pantalla a todo color y tridimensionalmente, mediante los haces fotónicos láser, pudieron contemplar el cabello.

El profesor Shoren fue aumentando su volumen para observarlo con más detalle y dijo:

—Mira esas microburbujas de aire dentro de la cavidad capilar.

—¿Cree que es un cabello teñido?

—Sin lugar a dudas, un cabello coloreado con tinte negro, un buen teñido, diría yo. Si no fuera por el microscopio no podríamos advertirlo. ¿Te interesa averiguar cuál es la composición del tinte?

—No. Me interesa conocer el color original del cabello, la edad aproximada de su propietario, su sexo y ya, como ficha e identificación, establecer su R.N.A. y D.N.A.

—En primer lugar, te diré que el propietario de este cabello sufre albinismo y a mi eso me parece muy interesante.

—¿Por qué?

—Estoy haciendo una historia bioquímica de los Hijos de Selene y juraría que este cabello pertenece a uno de tales seres.

—Eso es lo que yo me temo también, profesor Shoren.

—Por tu expresión diría que lo que ha hecho el propietario de este cabello es algo grave.

—Bastante grave, profesor. Si está haciendo la historia de los Hijos de Selene, sabrá ya muchas cosas de ellos, en especial las mutaciones biológicas que les hacen un grupo étnico distinto al

nuestro.

—Por Dios, Ian, los Hijos de Selene son seres humanos como nosotros. Tratar de perseguirlos es una crueldad. Admito que se hayan tomado disposiciones severas para que todas las mujeres que se encuentren en estado abandonen la Luna para dar a luz en la Tierra y dejen que sus hijos se críen aquí hasta la adolescencia, pero de eso a mirarlos como si fueran fieras o seres de otros mundos, media un abismo.

—Profesor Shoren, sé las peloteras que ha tenido usted con el monogobiemo al solicitar, junto con otros científicos, que dejen en paz a los Hijos de Selene y que por propia voluntad puedan regresar a la Luna, su astro de origen, pero el monogobierno tiene sus motivos para tomar esas medidas. Admito que son drásticas, pero bien tomadas.

—¿Justifica el hallazgo de este solitario cabello tales medidas?

—Podría ser que sí, profesor Shoren. Siga averiguando, por favor.

Krover tomó unos apuntes del profesor sobre el estudio que estaba efectuando relacionado con los Hijos de Selene, mientras el científico llevaba a cabo el complicado análisis.

Al fin, le dijo:

—No cabe duda, es una hija de Selene.

—¿Hija?

—Sus cromosomas son XX. Su edad debe oscilar entre los veintidós y veinticuatro años, supongo que éstos son los datos que más te interesan.

—Sí, son datos importantes. Intuía que era un hijo de Selene.

—Hija — corrigió el profesor insistente.

—Bien, hija, y por lo visto muy peligrosa.

—¿Qué ha hecho?

—Lo siento, profesor, alto secreto.

Shoren se encogió de hombros.

—De acuerdo, ya te daré la ficha completa de sus ácidos, que será una ficha identificativa. Cuando la encuentres, sólo debes tomar una muestra de cualquier parte de su cuerpo para que pueda afirmarse que este cabello le pertenece y, si lo que intentas es acusarla de un delito, te será facilísimo hacerlo.

—Gracias. Ahora, si me permitiera hablar a larga distancia por

su video-teléfono, se lo agradecería

—Está bien, pero pon el cargo de la conferencia a Brasilia, porque es allí adonde quieres llamar, ¿verdad?

—Sí, a Brasilia, y no tema por el costo de la conferencia.

—No es por el dinero, es que ya sabes que no estoy en buenas relaciones con los picatostes del monogobierno.

—Las diferencias, a lo largo de la historia, son las que trajeron las guerras y la destrucción.

—Sí, y también trajeron bienestar, más igualdad entre los hombres y menos abusos de los poderosos.

—Eso también es cierto, profesor, pero créame, esos Hijos de Selene a los que usted defiende, son más peligrosos de lo que la gente cree.

—Son los nacidos en la Luna, los que fueron concebidos por padres ya casados en la Luna y criados en un ambiente distinto al que nosotros conocemos. Vino la mutación, el albinismo crónico. Cabello, piel, pupilas casi blancas.

—Ya sabe, algunos de ellos se tiñen el cabello, se maquillan la piel y usan lentillas coloreadas que ocultan sus pupilas gris-blancas. A simple vista es difícil distinguirlos.

—Sí, y también aquí en la Tierra, que ya no es su medio ambiente idóneo por haber más gravedad, sufren de narcolepsia.

—Esos ataques de sueño qué padecen los apacigua.

—Lo que se está haciendo con ellos es un genocidio pasivo. Se les prohíbe regresar a la Luna, su astro natal, se les impide casarse con nosotros.

—Admito que es la forma pasiva de acabar con ellos, pero acepte usted también que ha sido un error de la ciencia crear estos nuevos seres, dejarles nacer en un medio ambiente que no es el nuestro.

—El hombre es un ser evolutivo. Quién sabe si ese tipo de ser humano, los llamados Hijos de Selene, son el prototipo del hombre futuro, más apto para viajar por el espacio.

—Le tengo un gran respeto como científico y una gran amistad como hombre, profesor Shoren, pero debería admitir que tienen problemas mentales.

—Sus circunvalaciones cerebrales son perfectas —puntualizó el químico con vehemencia.

—En su cerebro también existen mutaciones. No se ha especificado todavía en qué les afecta, pero sus reaciones psíquicas son algo distintas a las nuestras. De ellos se puede esperar todo, profesor Shoren.

—Está visto que eres un decidido enemigo de los Hijos de Selene.

Ian Krover no quiso discutir más con el profesor. Ambos tenían sus propias ideas respecto a los Hijos de Selene.

—Voy a usar su video-teléfono, profesor, tengo prisa.

En la cabina aislada llamó al Center Control, directamente al despacho del general Harper.

—Krover, estamos esperando tus noticias. La Mundi-Pol ya ha descubierto el cadáver del mayor González y ha dado la noticia por la cadena de información.

—Sí, le he visto personalmente antes de que fuera descubierto por la Mundi-Pol y prosigo la investigación solo, de este modo no tendré interferencias y podré acercarme más a los asesinos.

—¿Tienes alguna pista? —inquirió ansioso el general Harper.

—El carrete secreto de computadora ha sido robado, ése fue el motivo del crimen.

—Lo suponía, la situación es grave.

—General, creo que ese cartucho lo han robado los Hijos de Selene.

—¿Seguro?

—Tengo una pista.

—¿Definitiva?

—Un cabello de mujer, teñido, pero que pertenece a una hija de Selene que a buen seguro ha tratado de camuflarse.

—Los Hijos de Selene tienen prohibido el camuflaje con cosméticos.

—Pues la chica que ha estado en el despacho del mayor González era uno de ellos con el cabello teñido, no cabe duda. Ya lo he investigado.

—¿Puedes capturarla?

—Por ahora, no, ignoro dónde puede estar.

—Las cosas se ponen graves, Krover. Hay que mantener el secreto respecto a la opinión pública. Podría cundir el pánico.

—Yo no veo la situación tan apurada, general. Después de todo,

la cinta perforada está en clave secreta y no les será fácil descifrarla Aún no entiendo cómo han podido intuir que esa cinta de computadora guardaba el secreto de la bomba nuclear más grande jamás construida.

—Sus informaciones tendrán, Krover, Debes investigar a fondo, sin paliativos. Tienes luz verde.

—¿He de entender que tengo permiso para exterminar a cuantos supongan un peligro?

—Exactamente. La situación es muy peligrosa. Acabo de recibir un mensaje cifrado del centro psicoterapéutico lunar.

—Allí está sometido a observación, ya que no tiene tratamiento posible, White God.

—White God ha escapado.

—¿Que ha escapado de la Luna? ¿Cómo ha podido conseguirlo?

—Camuflándose en una nave carguera, al parecer. Cuando se han dado cuenta había desaparecido y ya conoces la influencia que tiene White God sobre el resto de los Hijos de Selene.

—Sí, es el más joven de todos ellos, pero el único nacido de una pareja de auténticos hijos de Selene, concebido, nacido y criado en la Luna.

—Sí. El resto han quedado naturalmente estériles en el medio ambiente de la Tierra. Debido a sus mutaciones, sólo pueden tener descendencia en la Luna.

—Krover, ese White God, como ya le llamaron siendo pequeño, es peligroso. Sus mutaciones han llegado a doblar las de los demás Hijos de Selene. Es blanco total, incluso sus pupilas, sus uñas, su lengua. Carece de todo tinte e incluso sus hematíes han sido fundamentalmente mutados. Para los Hijos de Selene, White God es una especie de Mesías, su líder, el hombre en quien confían para regresar a la Luna y reproducirse, formando una raza distinta de seres independientes. No quieren admitir que su mutación no es evolutivamente perfecta, sino degradante.

—¿Cree que puede producirse un movimiento de rebeldía entre ellos?

—Con la fuga de White Gold, no me cabe ninguna duda y es muy posible que tenga relación su huida con el asesinato del mayor González y el robo del cartucho secreto.

—Llevaré adelante la investigación, general. Me trasladaré a

Nueva York, el nidal de los Hijos de Selene.

—Recuerda, Krover, máximo secreto. Si la opinión pública llega a creer que los Hijos de Selene tienen en su poder esa maldita bomba HC del no menos maldito proyecto Séptimo Sello, cundirá el pánico en la Tierra e ignoramos de qué puede ser capaz ese psicópata de White God.

—Si eso ocurriera, tendríamos que escribir en los libros de historia del humano terrestre un nuevo nombre, añadiéndolo a la lista de Atila, Napoleón, Hitler, etcétera, hombres que llegaron al poder para causar guerras y terror.

—Krover, confío en ti. Nadie desea un enfrentamiento directo de nuestra Mundi-Pol y la milicia del gobierno contra los Hijos de Selene. La constitución prohíbe toda clase de guerra y, aunque ellos son solamente siete mil doscientos, romperíamos el juramento de la constitución.

—De acuerdo, general, déjelo de mi cuenta. Si dentro de quince días no doy señales de vida, envíen a otro a ocupar mi lugar.

Krover abandonó la cabina aislante del video-teléfono y se dirigió al profesor Shoren:

—Gracias por todo, tengo prisa y debo marcharme. Espero que volvamos a vernos en otra ocasión.

El profesor Shoren se encogió de hombros.

—Cuando quieras, ya sabes dónde puedes encontrarme. No te guardo rencor, muchacho.

—Ni había pensado en ello, profesor.

Le dio un apretón de manos y abandonó la casa.

CAPÍTULO III

El capitán Jesson, de la brigada de Mundi-Pol en Nueva York, atendió a la llamada que le hacían a través del videoteléfono desde la estación de seguridad de la que era comandante.

—Bien, reténgalos en celdas aisladas, quiero interrogarlos.

Su ayudante, el teniente Boada, algo más veterano que el capitán, con menos cursos ortodoxos policiales y políticos, pero con más experiencia de la vida, le observó desde la estación de seguridad.

—Capitán, creo que es un error retener e interrogar a esos tres Hijos de Selene. Puede ocasionar disturbios en la ciudad y ya sabe

que la opinión pública mira muy mal los problemas con esos seres albinos. En realidad, se les teme. Admito que hay un mucho de superstición en ello, pero se les teme como si fueran seres de otro mundo que en cualquier momento pueden tratar de invadirnos.

—Absurdo —espetó el autoritario capitán Jesson—. Olvídese de las supersticiones, de la opinión pública y haga lo que le ordeno. Esos Hijos de Selene son como ratas y viven como ellas. Roban en la noche, cometen desmanes y están incontrolados por culpa de la excesiva benevolencia e ingenuidad de nuestro monogobierno.

—Sabemos cuántos son, capitán, y no nacen más.

—Ignoramos dónde están en cada momento y mi obligación es controlarlos. Corto y me dirijo a la estación de seguridad. Dentro de unos minutos estaré con ustedes y comenzaremos el interrogatorio.

—A la orden, capitán.

El teniente Boada se había dado cuenta de que, en el fondo, el capitán Jesson era un segregacionista nato. De haber vivido en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, habría sido antisemita. De vivir en los Estados Unidos a mitad del siglo XIX, habría sido esclavista, y así sucesivamente.

El capitán Jesson gustaba de los uniformes y condecoraciones. Por ello, mientras otros colegas suyos en similares departamentos de Mundi-Pol vestían de paisano, él lucía el uniforme completo con sus condecoraciones y exigía en su brigada que todos hicieran lo mismo, dándole al departamento un cariz militarista.

Tras abrocharse el último botón de su guerrera y situar bien la pistola láser de reglamento en su funda, abandonó su departamento.

Su autoaéreo, con los distintivos policiales, aguardaba en la calle, entre los jardines que rodeaban el edificio de apartamentos.

El capitán Jesson gustaba trasladarse de una parte a otra de la ciudad a ras de tierra, no por encima de los edificios, para controlar mejor la urbe por sí mismo.

Nueva York no era ni sombra de lo que fuera al morir el siglo XX, con sus dieciocho millones de habitantes.

La Tercera Guerra Mundial se había cebado en la macrourbe, la ciudad más populosa que jamás existiera en la Tierra, arrasando la mayoría de sus edificaciones.

De dieciocho millones de seres, apenas conservaba doscientos mil, algo menos que una simple dudad provinciana.

La gran isla de Manhattan, otrora repleta de orgullosos gigantes de acero y hormigón, aparecía como unas ruinas inhabitables.

La mayor parte de los supervivientes residían en el Bronx, pues en Manhattan sólo había cascotes y el trazado de muchas calles había quedado borrado.

El gobierno de supervivencia, al término de la tercera conflagración mundial, había estimado que no merecía la pena reconstruir la ciudad, levantar otra nueva sobre sus ruinas.

Lo mismo había ocurrido con Moscú, Londres, Pekín, París y Tokio, las grandes urbes que habían sufrido los más intensos horrores de la guerra.

Nuevas y más perfectas ciudades habían sido edificadas en lugares escogidos. Sin embargo, Nueva York no había sido abandonado totalmente, allí estaban sus doscientos mil habitantes, aunque éstos sólo se acercaran a la silenciosa y desértica isla de Manhattan los festivos por la mañana para observar y pasear sobre las ruinas del pasado.

Sin embargo, muchos no gustaban de deambular por allí. Se sabía que en el subsuelo de Manhattan se escondían los Hijos de Selene, aunque resultaba más que difícil averiguar dónde, en medio de aquellas ruinas que tantas galerías subterráneas encerraban.

Grandes colectores que hasta las ratas habían abandonado, sótanos de edificios que, al derrumbarse durante el ataque nuclear, habían quedado ocultos para siempre, aunque se suponía que muchos de ellos habían sido totalmente derruidos al hundirse el edificio hasta sus cimientos.

Junto a su amplio autoaéreo policial le aguardaban dos de sus más fornidos agentes que le servían siempre de escolta. Se dirigía hacia ellos cuando, súbitamente, por ambas esquinas del edificio, aparecieron varias figuras. Seres con cabellos largos y blancos, gafas oscuras e indumentarias poco comunes.

Todo sucedió rápidamente en aquel ataque inesperado, ya que hasta entonces no había precedentes de una situación semejante.

—¡Son los Hijos de Selene! —gritó uno de los agentes de escolta.

Dos de los seres albinos dispararon los poderosos lanzallamas que portaban y los dos hombres de escolta se vieron envueltos en fuego.

El capitán Jesson, sobrecogido, contempló la escena con horror

al tiempo que trataba de desenfundar su pistola láser.

—Quieto, capitán Jesson. Un movimiento y le abrasamos.

Las llamaradas se elevaron humeantes hacia el cielo claro y limpio de una ciudad ruinosa, pero sin polución atmosférica.

El autoaéreo también fue llameado hasta que ardió por los cuatro costados.

—¡Esto no se os va a perdonar! —gritó amenazador el capitán Jesson.

Uno de aquellos hombres se acercó y le golpeó la cara con una especie de porra que portaba.

El capitón Jesson se tambaleó y llegó a doblar las rodillas clavando una de ellas en tierra, pero sin llegar a derrumbarse por completo.

Los atacantes eran cuatro. Dos de ellos eran los que portaban y habían utilizado los primitivos lanzallamas, tan primitivos como eficaces y terroríficos.

El capitán Jesson se vio empujado sin contemplaciones.

—¡Esto es un secuestro! — protestó.

No le respondieron, y fue conducido hasta una alcantarilla cuya tapa aceroplástica estaba levantada.

Casi fue echado al colector por el que descendieron rápidamente aquella especie de comandos de los Hijos de Selene, brotados por una alcantarilla del barrio de Bronx.

Ya en el interior del amplio y nauseabundo colector, lo ataron de pies y manos y lo metieron dentro de un pequeño remolque en el que apenas cupo con la espalda pegada al piso y las piernas totalmente dobladas.

Con una barra de acero lo cerraron por encima, para que no pudiera escapar ni caerse.

Un ruido infernal le aturdió y se encendieron unos focos de escasa potencia, iluminando la galería del amplio colector.

Se trataba de cuatro antiguas motocicletas de motocross y quinientos centímetros cúbicos de potencia, máquinas que ya no se habían fabricado después de la Tercera Guerra Mundial por quedar anticuadas, pero era evidente que los Hijos de Selene habían descubierto un depósito de tales motocicletas, al parecer nuevas y con gruesos tacos antideslizantes con las que se trasladaban de una parte a otra de su reino, constituido en la red de colectores del

derruido pero todavía vivo Nueva York.

Sufrió una sacudida dentro del remolque al tirar de él la motocicleta. La velocidad aumentó, haciéndose suicida por las cloacas. Las máquinas rodaban a más de cien millas.

El capitán Jesson estaba horrorizado, pálido de terror y con nauseas. Sucio todo él, ya que la rueda posterior de la moto que lo arrastraba le lanzaba las aguas sucias y los detritos del colector.

Aquellos seres conocían muy bien todo el intrincado laberinto de túneles, ya que rodaban a alta velocidad y al parecer sin equivocarse de dirección.

Por una entrada posiblemente secreta pasaron a uno de los túneles que cruzaban el East River por debajo de las aguas y que había resistido la guerra. Sin embargo, no se conocía que estuviera en buen estado, pues sus entradas habían quedado cegadas por los derrumbes de los edificios contiguos.

Las motocicletas llegaron a Manhattan y del túnel pasaron a otros colectores.

Penetraron al fin en un espacioso aparcamiento subterráneo de varios pisos en el que había automóviles que se usaban como dormitorios.

Aquél era el nido donde se escondían los Hijos de Selene, cuya ubicación el capitán Jesson trataba desesperadamente de averiguar.

Las motocicletas descendieron a la planta aparcamiento más baja por la ancha rampa.

Los ojos de Jesson, rodeados por la suciedad de los detritos que le habían caído encima, pudieron ver que se hallaba en el centro de una gran manifestación de selenitas.

Había allí una gran tarima cubierta de alfombras escarlata que sostenía un trono. Tras él, la pared estaba tapizada con terciopelos azules sobre los que destacaba una gran luna redonda que brillaba como si se hallara recubierta de diamantes.

En el trono había un ser de piel extremadamente blanca.

Sólo llevaba unos ajustados pantalones dorados y unos collares sobre su pecho.

Sus cabellos, blancos como la nieve, le llegaban hasta la cintura y parecía carecer de pupilas. Sin embargo, el capitán Jesson se percató de que le estaba mirando fijamente.

—¡La hora de nuestro poder ha llegado!

—¡La hora de nuestro poder ha llegado! —repitieron los miles de seres albinos allí congregados.

El capitán Jesson se estremeció hasta lo más íntimo de su ser.

—Dios mío, estoy perdido —musitó tiritando de miedo.

CAPÍTULO IV

Ian Krover había tardado muy poco en llegar a Nueva York.

Sin perder tiempo, se dirigió a la oficina social donde le recibió el jefe del departamento Joshua Ben Amar, al que ya conocía.

—¿Qué te trae por el gigante muerto? —inquirió refiriéndose a la ciudad.

—No he venido de turismo. Para eso prefiero las islas polinésicas.

—Otros prefieren ir a Marte y, si están bajos de presupuesto, se conforman con la Luna.

—Joshua, quiero saber algo sobre los Hijos de Selene.

—Veremos si puedo complacerte.

Pulsó un botón y no tardó en abrirse una puerta que no correspondía a la utilizada por el propio Krover para entrar en el despacho.

Una mujer joven, rabiosamente hermosa, de cabellos castaños casi rojizos, piel ligeramente tostada por el sol, ojos verdosos y fuerte color en sus labios, se acercó a la mesa.

Ian Krover no pudo sustraerse al ondulante movimiento de sus caderas.

—Te presento a Jessica, es mi ayudante, quizá el más valioso miembro de este departamento social.

—Pues mucho gusto en conocerla, Jessica. Viéndola a usted, nadie creerá que Nueva York puede morir.

—No creo que Nueva York muera jamás, señor…

—Es Krover —puntualizó Joshua Ben Amar.

—Vaya, Krover nada menos. Confieso que no le conocía personalmente.

—Los noticieros no suelen transmitir mi imagen; no es conveniente para el trabajo que realizo.

—Es usted el hombre de las situaciones difíciles, señor Krover. Algunos dicen que es usted un suicida y otros que un asesino.

—¿Y a quiénes se inclina a creer la mujer más bonita de la Tierra?

—Tengo mala suerte de que no sea usted el único jurado de un concurso de belleza al que yo pudiera presentarme, señor Krover, aunque la verdad es que no me gusta que me miren como a un animalito hembra estéticamente bello. Considero que soy algo más que todo eso.

Joshua Ben Amar carraspeó.

—Krover quería sacar algo más que lo que dicen los noticieros sobre los Hijos de Selene.

—Bueno, yo le puedo contar cómo se formaron.

—No es necesario. Conozco sus mutaciones y las controversias que han suscitado.

—Jessica está realizando un profundo estudio sobre los Hijos de Selene. Creo que nadie sabe tanto como ella respecto a esas criaturas.

Jessica quitó méritos a su labor objetando:

—La verdad es que mi puesto aquí en la oficina social me ayuda mucho, claro que no sé si podré darle todos los informes que precisa. Los Hijos de Selene son muy celosos de su intimidad.

—Sí, ya sé que son raros de ver, que han cometido algunas fechorías y que algunos grupos de supersticiosos han lapidado a algunos de ellos al encontrarlos solos.

—Esos roces raciales, ya que ellos mismos se consideran de otra raza distinta debido a sus mutaciones, son inevitables, aunque nuestra oficina, lo mismo que la brigada de Mundi-Pol, trata de suavizarlos. Lo cierto es que ellos no colaboran demasiado.

»Cada vez se vuelven más hostiles, ni siquiera sabemos si algunos de ellos mueren. Se han encerrado en las ruinas de Manhattan y se cuidan de sí mismos.

—Tenía entendido que el suministro de víveres se efectuara dándoles unas tarjetas de racionamiento con las que podían presentarse en los supermercados y allí se les entregaba o estipulado por la intendencia del monogobiemo.

—Sí, se han negado a trabajar desde un principio. Son una raza totalmente pasiva y abúlica —dijo Jessica—. Por ello, el Gobierno convino en mantenerlos para no dejarles morir de hambre.

Joshua Ben Amar, con algo de disgusto, explicó:

—No quieren seguir ninguna norma comunitaria y social. La verdad es que este departamento tiene dificultades con ellos.

—¿Quieren vivir su vida totalmente independientes?

—Eso es. Comenzaron rompiendo las tarjetas de racionamiento, que eran una forma de control indirecto que ejercíamos sobre ellos, especialmente para sanidad, demografía e investigaciones científicas. Luego, salían por la noche y asaltaban los supermercados. Los agentes de Mundi-Pol quisieron acabar con estos robos nocturnos y hubo varios muertos.

—Si, la mayoría de ellos Hijos de Selene.

—Parecían locos, pero en el fondo son infantiles, lo malo es que tienen la fuerza de cualquiera de nosotros. —El director de la oficina social suspiró—. Desde aquellos días, el monogobierno dictó la disposición de que cada día, al atardecer, ya que ellos prefieren la noche al día y de vérseles entre las minas de la ciudad es casi siempre en la oscuridad, en unos determinados puntos se dejaran cargamentos de víveres suficientes para que se abastezcan ellos mismos y no tengan problemas con las cadenas de supermercados. Incluso, los propietarios de estos establecimientos y los clientes usuales están más satisfechos. Es una forma de segregación, pero la han fomentado ellos y no nosotros.

—Quiero entrevistarme con ellos —dijo Krover sin darle importancia, pero rotundo.

Jessica y Ben Amar se miraron entre si, preocupados y desconcertados. Fue el director, un tanto cabizbajo, quien dijo:

—Esa entrevista que pides no la hemos conseguido ni nosotros.

—¿Hablan ya idioma distinto? —preguntó Krover con sorna.

—Ni siquiera eso sabemos. La verdad es que el capitán Jesson…

—¿De Mundi-Pol? — preguntó Ian.

—El misma, está desesperado tratando de interrogarles, y te aseguro que no será fácil.

Un avisador acústico hizo que todos se callaran.

El director Ben Amar abrió una pantalla por la que apareció un hombre con gesto preocupado. Ben Amar observó:

—Es una línea de noticias privada.

—Si quieres, me marcho.

—No, quédate, tú eres especial. Veamos qué nos dicen antes de que toda la opinión pública se entere de las noticias que vamos a

conocer ahora.

—Atención, atención —pidió el locutor que se sabía conectado con varias oficinas importantes—. El capitán Jesson, de Mundi-Pol, ha sido secuestrado. Dos agentes que formaban su escolta personal han sido asesinados con lanzallamas y su vehículo policial incendiado. Un testigo ocular afirma que han sido cuatro hijos de Selene que, llevándose al capitán Jesson después de golpearle, han desaparecido por la parte posterior del edificio. Esta noche habrá una masiva concentración de vehículos patrulla de Mundi-Pol en las ruinas de Manhattan para tratar de localizar el paradero del capitán Jesson, cuya suerte, hasta el memento, se ignora.

Tras dar la noticia, la imagen desapareció de la pantalla.

Jessica, Ben Amar y Krover se miraron entre sí. Tenían el entrecejo fruncido y la expresión de sus rostros denotaba preocupación.

Krover fue el primero en hablar:

—Los problemas han comenzado.

Arqueando las cejas, Ben Amar inquirió:

—Tú sabes algo más sobre los Hijos de Selene, ¿verdad, Krover?

—Posiblemente hayan problemas, Joshua, y la mejor forma de solucionarlos sería existiendo un buen entendimiento por ambas partes.

—Si conoce algo importante que pueda ayudar a salvar al capitán Jesson debe decirlo—objetó Jessica.

—Si me dan su palabra, les diré algo importante.

—Tienes mi palabra, Krover.

—Y la mía —agregó Jessica.

—White God ha escapado del instituto psicoterapéutico lunar y está en la Tierra.

Jessica y Ben Amar se miraron entre sí. Fue la mujer quien habló primero:

—¿El Dios Blanco de los Hijos de Selene?

—El mismo. El más selenita de todos, por pertenecer a una segunda generación, ya que los demás mutantes sólo son de una primera generación.

—¿Crees que puede tener una relación directa el secuestro del capitán Jesson?

—Joshua, lo que yo piense no es válido. Hacen falta hechos,

pero podría ser que White God hubiera llegado a Manhattan erigiéndose como jefe de los Hijos de Selene. Quizá lo que ellos necesitaban para una rebeldía organizada y provocar problemas verdaderamente serios, fuera un cabecilla, y ahora lo tienen, un cabecilla al que consideran como a un dios. No hay duda de que harán lo que él les ordene. Quizá estemos al comienzo de una pequeña guerra.

—Siendo unos pocos miles, nada pueden hacer —objetó Jessica.

—Unos pocos miles, bien armados con poderosas armas, pueden dominar toda la Tierra, infundiendo terror e imponiéndose a través de él.

—Krover, tú sabes algo más —insistió Ben Amar—, ¿Temes que posean esas armas de las que hablas?

—No lo sé, pero creo que en esta oficina no puedo averiguar nada más. Me gustaría visitar la estación de seguridad Mundi-Pol.

—¿Desea investigar acerca de lo ocurrido?

—Sí, y también me gustaría ver el lugar del secuestro. Hay que buscar una pista que nos conduzca a los Hijos de Selene.

Ben Amar dijo:

—Eso puede ser un suicidio, ellos no admiten el diálogo con nadie. Ya lo has oído, dos agentes de Mundi-Pol han sido asesinados con lanzallamas.

—Para obtener algo hay que arriesgar algo. Ahora, me gustaría que me proporcionaras un guía para no perder tiempo.

—Iré yo misma —se apresuró a decir Jessica.

—Puede ser peligroso —observó Krover—. Lo ha dicho su jefe.

—Nadie mejor que yo para guiarle aquí. Puedo indicarle todos los puntos de suministro y hasta relatarle lo que comen.

Krover miró interrogante a Ben Amar. Este se vio obligado a asentir.

—Está bien, pero si le sucede algo a ella, no voy a perdonártelo, Krover.

—Cuidaré de Jessica como si fueran las niñas de mis ojos.

—Si conseguimos algo, puede ser un triunfo para nuestro departamento. Ya sabe que Mundi-Pol es partidaria de las medidas drásticas y, en cambio, nuestro departamento social lo es de los métodos fundamentados en la comprensión y el diálogo.

—Los que están muertos no dialogan —sentenció Ben Amar.

—Lo tendremos en cuenta —dijeron al unísono Jessica y Krover como si se hubieran puesto de acuerdo.

Riéndose ligeramente, abandonaron el despacho.

CAPÍTULO V

En la estación de seguridad de Mundi-Pol les recibió el teniente Boada en persona.

Reinaba febril actividad en las dependencias policiales tras el asesinato de los dos agentes y el secuestro del capitán Jesson.

—Nuestra intención, como pueden suponer, es dar una batida por todo Manhattan.

—Eso violará el convenio que el monogobierno estableció con los Hijos de Selene —puntualizó Jessica.

—En momentos como éste creo que el convenio social no sirve, Jessica. Ellos lo han estropeado todo con su atentado criminal. Admito que la postura del capitán Jesson frente a esos seres no era la más idónea, es más, ya le previne, pero ello no excusa el delito que ha tenido lugar.

—Teniente, ¿cree que será fácil localizarlos?

—Todo lo contrario. Ya tenemos vigilada la isla y no ha aparecido ninguno de ellos en la superficie. Esas ruinas tienen múltiples recovecos que tardaríamos años en recorrer. No hay que olvidar lo que era Manhattan antes de la Tercera Guerra Mundial.

—Pero siete mil doscientas personas deben ocultarse en algún lugar concreto —observó Jessica—, Este problema habría que tratarlo pacíficamente.

El teniente Boada se rascó la nuca, circunspecto.

—A mí más que a nadie me gustaría saber dónde se esconden y cuál ha sido la suerte del capitán Jesson, pero, por ahora, no tengo nada efectivo. Daremos una gran batida para encontrarlo y saber qué ha sido de él.

—¿Teme que sea una venganza especial de los Hijos de Selene sobre el capitán Jesson?

—No me extrañaría que así fuera, Krover. El capitán ha sido algo duro con ellos últimamente. No era el hombre más adecuado para dialogar con esos selenitas, aunque yo tampoco soy la persona que debe juzgarlo.

—Teniente, estoy segura de que nuestro departamento social hubiera colaborado mejor con Mundi-Pol de estar usted al frente de la estación de seguridad y no el capitán Jesson.

—No me atribuya cualidades que no poseo, Jessica. Ahora mismo tengo a tres Hijos de Selene encerrados en una celda y no puedo interrogarlos. En realidad, iba a hacerlo el capitán Jesson cuando fue secuestrado.

—Eso es muy interesante. Me gustaría darles un vistazo —observó Ian Krover.

—Bien, sígame, pero van a llevarse una desilusión.

Jessica y Krover se miraron sin comprender.

El teniente Boada les precedió hasta una aséptica celda, bien iluminada y ventilada.

—Están profundamente dormidos —dijo Jessica.

Krover preguntó:

—¿La narcolepsia que padecen?

—No. Nuestro médico ha dicho que es un estado cataléptico agudo. Si trataran de escuchar sus corazones no podrían oírlos, hasta para un fino estetoscopio pasaría desapercibido su palpitar. Sin embargo, están vivos.

—¿Van a tratar de reavivarlos?

—El médico no lo ha aconsejado. Hasta ahora desconocíamos que poseyeran la facultad de autocataleptizarse a voluntad.

Krover observó con un gruñido:

—Debe de ser consecuencia de una de sus mutaciones cerebrales, desconocidas para nosotros. Ante el temor de los interrogatorios o de quedar encerrados, pasan a un estado cataléptico voluntario y como es provocado por una orden de sus cerebros, no habrá modo de despertarlos.

—El doctor ha indicado que se les alimente con suero periódicamente y que ya despertarán por si mismos. Si estuviera aquí el capitón Jesson, se desesperaría al ver el estado aparentemente cadavérico en que se hallan.

Ian Krover los escrutó atentamente, fijándose en sus mutaciones, en su albinismo crónico.

—Bien, teniente, que tenga suerte en la batida.

—Nos hará falta. Esos seres son verdaderos maestros en el arte de esconderse en las ruinas de Manhattan.

Ya en la calle, Krover le dijo a la muchacha:
—¿Conoce la dirección en que vive el capitón Jesson?
—Sí. Precisamente, mi apartamento está en el mismo edificio.
—Magnífico. Vayamos a él, quiero examinar el terreno.
—¿Piensa encontrarlo solo?
—Estoy averiguando y lo hago solo. Mundi-Pol tiene su propio trabajo.
—Por lo visto, Ben Amar tenía razón. Usted sabe bastante más de lo que aparenta en todo este asunto que se está complicando por momentos, como si fuera una reacción en cadena.
—Sé lo justo. Ahí está mi «Mustang», subamos.
Jessica se acomodó en el confortable y superpotente autoaéreo modelo sport, en el que se sintió a gusto.
Guió a Krover en la dirección adecuada y no tardaron en tenerse en la zona ajardinada que rodeaba el edificio ultramoderno de apartamentos.
—¿Vive ahí?
—Sí, en el piso cuarenta y dos.
—La seguridad social debe pagarle un buen salario. Esto es muy lujoso.
—No tengo otros vicios. —Se volvió para señalar—: Ahí está el coche policial incendiado.
El autoaéreo de Jesson aparecía totalmente carbonizado, no había vigilancia a su alrededor y Krover observó:
—Ahí están las huellas de los dos agentes asesinados con los lanzallamas.
—Habrá sido horroroso —musitó Jessica estremeciéndose.
—El ser humano no ha logrado sustraerse a su terror natural al fuego.
—La Mundi-Pol había estado investigándolas.
—Poco habrá sacado en limpio —gruñó Ian Krover.
Dio unos pasos en varias direcciones hasta que al final decidió rodear el edificio en parte. Pasó a la calzada y su mirada se clavó en la tapa de un colector de aceroplástico.
—Jessica, ¡esa tapa se ha movido!
La fémina le miró preocupada.
—¿Está seguro?
—Sí, regrese a su apartamento, yo voy a investigar —dijo

extrayendo la pequeña pero efectiva pistola láser de la funda cosida al cinturón.

—Yo le sigo. Soy del departamento social y mi misión es...

—No me la explique, no tengo tiempo de escucharla ahora.

—¡Voy con usted!

—Allá tú —gruñó Ian Krover tuteándola.

Se acercó a la tapa y la levantó dejando descubierto el agujero que daba paso a los colectores de aquella zona.

—Está muy oscuro abajo. Me hará falta una linterna.

—Tengo una en mi apartamento —dijo Jessica.

—La de mi «Mustang» está más cerca.

Mientras la joven se quedaba escrutando el interior del colector, Ian Krover corrió hacia su autoaéreo y de la guantera extrajo una pequeña pero potente linterna con lámpara de fluormercurio. Regresó junto a la muchacha sin perder tiempo.

—Yo no he visto nada. ¿No habrá sido un efecto visual? Hoy hace mucho sol.

—Creo que no me equivoco, y voy a bajar.

—Pues yo también, detrás tuyo —dijo decidida.

Jessica vestía una corta casaquita color amarillo brillante con adornos en rosa, minishorts y calzaba unas coquetonas pero anatómicas botas que le permitían caminar por los lugares más difíciles. Por ello, a regañadientes, Ian gruñó:

—Está bien, pero no te despegues de mí. Si nos asan, que sea juntos.

Bajaron al colector por las escaleras de hierro que había empotradas. La galería era amplia, con dos pequeñas aceras. El agua, con los detritos, descendía suavemente por el canal central.

—¿Tienes miedo a las ratas?

—¿Quién, yo? —inquirió Jessica tragando saliva con dificultad.
—¿A quién, si no, le pregunto?

—Bueno, no creo que nos ataquen, ¿verdad?

Las palabras hallaban un fuerte eco en el túnel y el haz lumínico de la potente linterna de Krover lo iluminó con tal fuerza que consiguió arrancar destellos de las aguas negras y putrefactas.

CAPÍTULO VI

—Aquí hay huellas —dijo Krover.

Gracias a la potente linterna, descubrieron suciedad en las paredes.

—Son unas huellas muy extrañas.

—Yo diría que son huellas de ruedas neumáticas con tacos gruesos y, por la posición de las mismas, juraría que son motocicletas de motocross.

—¿Y eso qué es?

—Es lógico que lo ignores. Se trata de unas máquinas deportivas que se utilizaron en el pasado siglo para circular por el campo y lugares abruptos. Cualquier videotape enciclopédico te dará una relación detallada de esas motocicletas.

—¿Y cómo han podido utilizarlas?

—Posiblemente exista un almacén en alguna parte, entre las ruinas. Las máquinas, debido al derrumbe de los edificios, quedaron ocultas. Ellos las han encontrado y las hacen funcionar. Supongo que tampoco les habrá sido difícil encontrar gasolina, benzol o alcohol en sitios abandonados o sepultados. Quizá tengan controlados algunos garajes en apariencia destruidos y que poseen depósitos de carburante, suficientes para abastecerles.

—¿Y circularán en moto por el alcantarillado?

—Es muy posible, y más con ese tipo de monomonturas. Si han adquirido soltura en su manejo, pueden alcanzar velocidades verdaderamente interesantes.

—Jamás hubiera supuesto que circularan motorizados por el interior de los colectores.

—Pues, por el rastro, hay que deducirlo así, claro que falta comprobarlo.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Yo sigo adelante. Veré si este rastro me conduce a alguna parte.

—Voy contigo —dijo con temor.

Sus ojos escrutaban las sucias aguas del alcantarillado, que se deslizaban lentas.

Varias ratas aparecieron chillando al ser invadido su mundo por la pareja.

Se asomaban por el agua y hubo una de ellas que cruzó prácticamente todo el canal sin sumergirse apenas, saltando de

detrito sólido en detrito líquido.

—¿No nos atacarán?

—No tengas miedo, Jessica. Deben estar bien alimentadas aquí abajo.

—No sé por qué no estarán exterminadas —observó molesta.

—Las ratas jamás han podido ser exterminadas totalmente, siempre se acostumbran al medio ambiente que las rodea, aunque éste les sea francamente hostil. Ni la Tercera Guerra Mundial pudo con ellas. Al terminar había más que al comenzar.

De pronto, se escucharon voces lejanas. Casi eran gritos, pero no resultaban inteligibles pese a los ecos.

Ambos se miraron. Habían acertado, allí existía gente.

—Corramos un poco.

Se produjeron disparos de primitivas armas de fuego. Luego, gritos.

—¡Alguien está en peligro!

Ian corrió cuanto pudo y Jessica se las vio y deseó para seguirle.

La linterna de Krover iluminó a un hombre que se desmoronaba y a otras que estaban lejos disparando una metralleta portátil.

Ian disparó contra ellos su pequeña láser, más con intención de asustar que de matar.

La potente luz de la linterna fue la que hizo huir a los selenitas.

Se escuchó un ruido ensordecedor. Jessica se estremeció de miedo y gritó después. La pistola láser de Ian Krover reventó el neumático de una de las máquinas.

El Hijo de Selene saltó de la moto y se cogió a uno de sus compañeros, disparando hacia atrás mientras huían.

Jessica estaba aplastada contra el suelo junto a las aguas negras. La cabeza de una rata asomó a escasas pulgadas de la suya. Se quedó con la boca abierta y no pudo ni chillar.

Sobre ella, las balas rebotaban contra las paredes.

De súbito, la motocicleta reventada se incendió, provocando una gran humareda dentro del colector.

Era peligroso quedarse allí con aquel humo que podía asfixiarles. Krover no perdió tiempo e iluminó el cuerpo caído, identificándolo en el acto con gran sorpresa por su parte.

—¡Profesor Shoren!

El profesor en química sonrió, pese al dolor de sus heridas.

—Por todos los diablos, profesor Shoren, ¿qué hace aquí? Lo dejé en California

—Tenía que venir.

—Y por poco lo matan. Está herido.

—Sólo quería hablar con ellos.

Jessica, ya recuperada del miedo pasado, dijo mientras sus palabras hallaban un eco multiplicado dentro del colector:

—Al parecer, no admiten el diálogo y ahora menos que nunca. Están furiosos.

—Salgamos de aquí antes de que nos asfixiemos.

En medio de una humareda que les hizo toser, consiguieron llegar a la alcantarilla por la que entraran. Salieron de ella, tapándola de inmediato.

—Si la Mundi-Pol ve el humo, se meterá dentro del colector —observó Ian Krover.

—Sí, es mejor que no lo vean, sería una matanza.

—Al parecer, ninguno de los tres queremos que intervenga todavía la Mundi-Pol con todos sus efectivos para controlar a los Hijos de Selene.

Krover puntualizó:

—Quizá es que cada uno de nosotros tiene sus motivos, y muy particulares. Ahora, hay que ver esa herida.

—Si no queremos dar la alarma, podemos ir a mi apartamento —propuso Jessica—, salvo que la herida sea muy grave.

—Sólo han sido dos balazos. Uno me ha rozado la sien y es el que me ha hecho caer. El otro me ha dado en la pierna.

Krover ayudó al profesor Shoren a introducirse en el edificio primero y en el elevador después.

El apartamento de Jessica era confortable y amplio.

El profesor Shoren se tendió en el sofá diciendo:

—Lamento ensuciarlo.

—Creo que a todos nos hace falta un baño. El alcantarillado no es el lugar más idóneo para perfumarse. La verdad, he pasado verdadero miedo.

—Disparaban a matar — gruñó Shoren.

—No, si lo digo por las ratas.

Krover sonrió y mirando al profesor ordenó:

—Estírese, le desinfectaré las heridas. Luego, se da un baño y le

volveremos a desinfectar. Hemos de evitar una asepsia localizada.

—No me ha pasado nada, no hay que preocuparse, y mejor será que no se lo digan a nadie.

—Esperemos que el humo no ponga en movimiento a toda la Mundi-Pol —dijo Jessica desapareciendo para ir en busca del botiquín.

—Profesor Shoren, dígame la verdad: ¿escuchó mi conversación por su video-teléfono?

El científico asintió con expresión resignada.

—Tenía un magnetófono conectado. No te diste cuenta y cuando te marchaste pasé la cinta y lo escuché todo, por eso me vine a Nueva York.

—¿Quería ser el héroe?

—Sólo deseo dialogar con los Hijos de Selene.

—¿Dialogar, para qué? ¿Qué es lo que pretende en realidad con su investigación particular, demostrar que sus teorías sobre los Hijos de Selene son ciertas?

—Muchacho, no lo comprenderías. Tengo mis motivos.

—Pues me los va a contar o le entrego a Mundi-Pol.

—¿Entregarme? —guñó entre asustado y furioso.

—Si, es usted un peligro. Pueden matarlo, ya tiene dos heridas.

—Es que no me han dejado hablar, todo ha sido muy rápido. Yo había venido a este lugar.

—¿Cómo se ha enterado del secuestro del capitán Jesson?

—Las cadenas informativas de todo el mundo han dado la noticia.

—Bien, prosiga. ¿Qué más?

—He estado buscando el lugar lógico por donde podían haber desaparecido, teniendo en cuenta sus particularidades físicas. Ellos huyen de la luz, sólo se sienten bien en la penumbra; claro que la alcantarilla es boca de lobo.

—Pues ya ha visto que ha sido usted quien se ha metido en la boca del lobo.

—Y tú y esa chica tan hermosa también.

—Nosotros tenemos motivos fundamentados para estar ahí. No somos viejos locos.

—¡Yo también tengo mis motivos!

—¿A saber?

El profesor Shoren parecía remiso a hablar. Apretó la boca con fuerza cuando Jessica llegaba con el botiquín de mano.

—Aquí tiene. ¿Hace falta algo más?

—No. Tú puedes irte bañando, Jessica, luego irá el profesor Shoren, que está hecho una lástima.

—De acuerdo, en seguida vuelvo.

Jessica desapareció y, al fin, el químico gruñó:

—Hay uno de esos seres que me interesa profundamente.

—¿Por qué?

—Te lo diré algún día, Krover, no me obligues a hacerlo ahora. Te lo diré, te doy mi palabra.

—Está bien, viejo testarudo, pero por lo menos dígame qué quiere con ese Hijo de Selene. ¿Investigarle, hablarle, atacarle o protegerle?

—Lo último.

—Me gustaría analizar uno de sus cabellos, profesor. Puede que sea usted uno de esos seres albinos.

—¿Está loco, Krover? El más viejo de ellos creo que tiene cuarenta y dos años, y yo paso de los sesenta.

—Era una broma, profesor, pero por lo visto no tiene usted mucho sentido del humor, claro que cualquiera, en sus circunstancias, tampoco lo tendría.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Los dos hombres miraron hacia ella, preocupados.

—¿Quién será? — preguntó el científico.

—No lo sé, pero es raro que la policía venga aquí concretamente.

El timbre sonó de nuevo, insistente.

—Iré a abrir. Esperemos no llevarnos una desagradable sorpresa.

Ian Krover se apartó del sofá, manchado de suciedad y sangre.

Despacio, con cierta suspicacia, se dirigió a la puerta. En su mano apareció la pequeña pero efectiva pistola láser.

CAPÍTULO VII

Ante los ojos de lan Krover apareció una mujer que además de joven era sumamente hermosa, de cabello azabache, piel ligeramente tostada y ojos azul claro, una mujer de talle cimbreante

y que podía estar tan orgullosa de la turgencia de sus senos como de la redondez de sus caderas.

—¿Está Jessica? — preguntó con delicada voz.

—¿Amiga suya? —inquirió Krover con pupilas admirativas.

—Sí, soy Antonella.

—Pase, ahora mismo la aviso.

La condujo hasta el centro de la salita.

El profesor Shoren la observó con fijeza y ella le miró a su vez, reparando en la suciedad y en las heridas del científico.

Krover llamó a la puerta de! baño.

—¡Jessica, está tu amiga Antonella!

Casi de inmediato, se abrió la puerta del aseo. Había precipitación en Jessica; se había colocado una bata por encima, sin preocuparse de secar su cuerpo.

Sobre el enmoquetado de la estancia quedaron las huellas de sus pies húmedos.

—¡Antonella!

—Estoy aquí —dijo con una amplia sonrisa aquel bello espécimen femenino.

—Ian...

Krover, que había guardado disimuladamente su láser por no considerarlo necesario, se acercó a Jessica interrogante.

—¿Qué ocurre, Jessica? ¿Puede pasar ya el profesor al baño?

—Sí, que entre.

Shoren se incorporó gruñendo:

—Voy a lavarme bien antes de que se me infecten las heridas. No se preocupen por mí, ya me siento mucho mejor.

El profesor desapareció en el baño.

Jessica seguía mirando con fijeza a Antonella, y al fin dijo:

—Es una de ellos.

—¿Una hija de Selene?

—Sí, soy una hija de Selene aunque no lo parezca por mi cabello, el color de la piel y el de los ojos —aclaró desafiante y altiva.

—¿De modo que se ha teñido el cabello, la piel y usa ternillas de color para disimular el albinismo de sus pupilas?

—Sí. Jessica me conoce, he estado algunas veces en su oficina social.

—De eso hace mucho tiempo —puntualizó Jessica— y, la verdad, no parecías la misma de ahora.

Antonella sonrió con sarcasmo.

—A sus ojos, el cabello albino nos envejece, pero para nosotros es nuestro color preferido. Ahora, les advierto que si intentan algo contra mí, todo el edificio se vendrá abajo.

—¿Todo el edificio, qué quiere decif? —preguntó Krover enarcando las cejas.

—En sus cimientos hay explosivos suficientes para demolerlo en el plazo de segundos. Bastará con que yo no aparezca en el memento oportuno y en el lugar determinado para que lo detonen.

—¿Y por qué tomar esas precauciones? —quiso saber el hombre de cabello rubio ceniza.

—Me defiendo. Podría ser atacada en esta visita. Todos ustedes tienen gran interés en capturarnos y Jessica sabe que yo soy una persona importante entre los Hijos de Selene.

Jessica admitió:

—Había destacado por su alto coeficiente de inteligencia.

Es hija de una bella astronauta italiana llamada Sophia Bertini, que murió en accidente espacial.

—Padre desconocido —puntualizó Antonella con orgullo.

—Por lo visto, es el fruto de un amor prohibido en la Luna.

—Sí, pero soy muy inteligente y estoy consciente de ello. Yo seré la esposa de White God y me convertiré en la diosa de los Hijos de Selene.

Krover la miró con lástima

—No cabe duda de que es muy bella, como también lo es Jessica, pero endiosarse no es precisamente un síntoma de inteligencia.

—No espero que me entiendan. White God es nuestro dios, el que conducirá a nuestro pueblo a la grandeza. Yo, al desposarme con él, seré la diosa. Todos me obedecerán y adorarán.

Ian Krover deseó decir a aquella mujer que lo que necesitaba era tratamiento psiquiátrico, pero pensó que no era el momento oportuno.

—Dejando aparte los endiosamientos, debo pensar que ha venido a darnos un mensaje o aviso.

—Así es. Tenemos en nuestro poder al capitán Jesson, de Mundi-

Pol.

—Eso lo sabe todo el mundo y opino que ha sido una medida completamente desacertada. Al monogobierno no le ha gustado nada este atentado criminal.

—Nos importa muy poco que lo que hagamos guste o no a nuestros enemigos.

Jessica miró a Krover muy preocupada. La situación estaba tirante.

—De modo que al monogobierno lo consideran el enemigo.

—Lo es y venceremos. De momento, ustedes darán el ultimátum a Mundi-Pol para que no rastreen Manhattan. Todo continuará como hasta ahora, seguirán dándonos alimentos y nos dejarán en paz.

—Eso es imposible, Antonella —rebatió Krover—. Han cometido unos crímenes y eso no puede pasarse por alto.

—El crimen comenzó cuando a los Hijos de Selene se nos desterró para siempre de la Luna, nuestro astro natal, confinándonos entre las ruinas del pasado, sabiendo que aquí no podríamos reproducimos, que en la Tierra no es posible nuestra fecundidad. Las víctimas somos nosotros. Se nos quiere eliminar sin extinguimos directamente porque se nos teme.

—Bueno, ése es un problema complicado que se trataría mejor en diálogo.

—No hay diálogo, no lo ha habido para nosotros.

—White God, selenita de segunda generación, presenta un albinismo mucho más extremado. Sus mutaciones son peligrosas y quién sabe qué puede albergar en su cerebro.

—White God, como bien indica su nombre, es nuestro dios blanco. Ustedes nos acusan de locos y lo que sucede es que somos superiores.

—No les hemos acusado de locos, pero sus mutaciones requieren un estudio —insistió Krover—. Además, no son de una raza distinta, son de nuestra propia raza modificada por la gravedad y el medio ambiente lunar. Eso no les da derecho a considerarse entes aparte, extraterrestres.

—Somos extraterrestres. Estamos secuestrados en la Tierra, un astro hostil para nosotros. Somos selenitas por derecho, la Luna nos ha hecho como somos y no deseamos cambiar. La Luna es nuestra

madre y a su regazo queremos volver.

—Suelten al capitán Jesson y el monogobiemo estudiará su petición.

—No suplicamos nada, ahora exigimos. Si los miembros de Mundi-Pol aparecen por Manhattan, sacrificaremos lentamente al capitán Jesson y luego la guerra será abierta.

—Es un absurdo declarar la guerra. Son unos pocos miles contra cientos de millones.

—Pronto tendremos la fuerza que nos hace falta para dominarles y, cuando llegue ese momento, serán ustedes quienes supliquen.

—Eso no sucederá nunca, Antonella. No podrán descifrar la cinta secreta de computadora —objetó Krover.

—De modo que sabe que la cinta obra en nuestro poder.

—Sí, lo sé.

Se le acercó. Antonella aguantó firme y sólo trató de retroceder cuando estiló su mano hacia ella.

—¿Qué hace? Si me toca, no quedará nadie vivo en este edificio.

—Sólo quería arrancarle un cabello, y ya lo tengo.

Jessica, confusa, preguntó:

—¿Para qué lo quiere, Ian?

—Deseo probar quién fue el asesino del mayor González, de Mundi-Pol, en San Diego.

Retadora, Antonella le miró agresiva.

—¿Y va a averiguarlo con un solo cabello?

—Es posible.

—Los Hijos de Selene no somos imbéciles ni les tenemos miedo. Quédese con mi cabello, nada podrán hacernos. Ustedes saben que está en nuestro poder la cinta de computadora secreta, y ya es nuestra la superbomba.

—No lo creo. Si fuera así, hablarían en otros términos. No es fácil descifrar ese cartucho, hace falta un cerebro electrónico especial para traducir claves.

—Lo tenemos —aclaró tajante Antonella.

Jessica no acababa de comprender y miró interrogante a Krover, quien puso en duda las palabras de la selenita.

—No lo creo. Carecen de material para construirla y no están preparados para ello.

—Estamos más preparados de lo que suponen. Tenemos

vehículos, armas.

—Son muy primitivas, armas de fuego —rebatió Jessica.

—Sí, armas que hemos hallado en almacenes derruidos de Manhattan, pero son efectivas, ya lo hemos probado. También poseemos todos los explosivos que necesitemos. Mientras nos creían confinados en Manhattan, hemos escapado de las ruinas de la isla neoyorquina y hemos recorrido los Estados Unidos. Había muchos almacenes abandonados, especialmente en lugares militares. La Tercera Guerra Mundial dejó mucho material sobrante que no ha sido destruido aún, por eso no carecemos de armas ni vehículos. No son tan modernos como los de ustedes, pero sí suficientes para defendernos hasta que llegue el gran momento.

—¿De qué gran momento hablas? —preguntó Jessica.

—El de que acaten nuestro dominio. El sabe de qué hablo.

—Insisto en que no pueden tener un cerebro electrónico descifraclaves de computadora. Todo es un bluff, nadie tendrá en cuenta sus amenazas.

—Si fuera un bluff ya les habríamos dado el ultimátum. Cuando lo demos, es que el control absoluto de la situación estará en nuestras manos. En cuanto a la descifradora de claves, hallamos una en buen estado en los sótanos del consulado ruso que hubo en Manhattan. Está derruido, pero conseguimos llegar a sus subterráneos y descubrimos la máquina.

—No se saldrán con la suya.

De súbito, Antonella comenzó a mover la cabeza de un lado a otro, como incapaz de sostenerla. Se tambaleó y Jessica dio un paso hacia ella, pero Krover la detuvo.

Antonella, invadida por un sueño brutal y repentino, se tambaleó hasta agarrarse al sofá. Allí se sentó, quedando profundamente dormida.

Acababa de ser víctima de uno de los ataques de narcolepsia propios de sus mutaciones físico-biológicas.

—¡Ian! —exclamó Jessica asustada—. ¡Esto significa que todo el edificio va a saltar por los aires!

CAPÍTULO VIII

—¡Estamos perdidos! ¡Asesinarán a toda la gente que vive en

este edificio y que ignora lo que sucede, el peligro que les amenaza!

—Calma, Jessica. Si diéramos la alarma, se crearía un pánico del que podrían resultar heridos y quizá muertos.

—Peor será que estallen los explosivos que han colocado en los sótanos del edificio.

—Aún quedará un tiempo, quizá el suficiente para actuar.

Ian Krover tomó una cinta de plástico adhesivo para heridas del botiquín y con él maniató a Antonella, sujetándole as manos a la espalda. También ató sus tobillos mientras Jessica le observaba interrogante.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Esta chica es peligrosa y muy importante entre los Hijos de Selene. Será mejor retenerla cautiva. Sospecho que ha sido ella la que asesinó al mayor González, de San Diego.

—¿Pretendes canjearla por el capitán Jesson?

—Lo ignoro todavía, pero si alguien sabe dónde se encuentran reunidos y escondidos los selenitas, es ella.

—Quizá no lo diga nunca. Puede utilizar la autocatalepsia para inhibirse de todos los problemas.

—Tengo la intuición de que no lo hará.

—¿Por qué?—Podría perder su oportunidad, la gloria con que sueña. No olvides que quiere casarse con White Gold. La catalepsia es una muerte aparente y sabe que corre el peligro de ir a parar al crematorio.

—¡Qué horror, quemarla viva!

—A lo largo de la historia, han habido muchos accidentes desagradables con los catalépticos. Supongo que para ellos también es una medida extrema a la que espero no recurra Antonella, lo que ignoro es cuánto tiempo permanecerá dormida por su narcolepsia

—¿Crees que esperarán a que ella despierte?

—No tengo tiempo de averiguarlo. Quédate aquí vigilándola, no abras la puerta a nadie, y al profesor Shoren no le digas nada.

—¿Y si explota todo?

—Hay que arriesgarse. La humanidad está al borde del peligro, de caer en una nueva esclavitud, en la esclavitud de unos seres nacidos de ella misma pero mutados por la Luna. ¿Tienes un arma?

—No, jamás las he usado.

Ian Krover desenfundó su pequeña pero efectiva pistola láser y

se la tendió.

—¿Sabes cómo se usa?

—Sí.

—Quédate con ella por si te atacan. Mientras, iré a ver qué puedo hacer.

—Suerte, Ian.

Krover no lo pensó dos veces, y abandonó el confortable apartamento.

En el ascensor, bajó al sótano.

Cruzó una puerta de hierro y se introdujo en la sala de acondicionamiento de aire y servicios de agua y electricidad.

La sala funcionaba mediante un minicerebro electrónico de tipo básico, suficiente para controlar y regular presiones, contadores, voltajes y acondicionamiento de aire. Allí no había nadie.

Era difícil descubrir entre toda aquella maquinaria un cargamento de explosivos, pero la experta mirada de Krover los hubiera captado en el caso de estar allí.

Por ello, algo nervioso, pues los segundos pasaban y cada vez era mayor el riesgo de que el gran edificio de apartamentos estallara en pedazos para derrumbarse luego, formando un montón de ruinas más en la ciudad de Nueva York.

De pronto, reparó en la trampilla de aceroplástico que debía conducir al colector al cual iban a parar todos los desagües del edificio. La trampilla tenía la cerradura saltada.

Estaba consciente de ir desarmado y supuso que abajo, en el alcantarillado, los Hijos de Selene aguardaban el regreso de Antonella.

Si le descubrían abriendo la trampilla, le barrerían a balazos con las primitivas pero efectivas armas de fuego.

Buscó con la mirada algo que le sirviera. Allí había boquillas contraincendios automáticas, pero su mirada se clavó en un extintor manual de considerable tamaño. Se sostenía sobre dos ruedecillas para ser trasladado donde hiciera falta.

Tomó el extintor y lo arrastró hasta la boca del colector. Empuñó el cañón del brillante acero que se unía al depósito del anhídrico carbónico licuado, mezclado con bromuro de etilo en un preparado especial.

Montó su índice sobre el gatillo, preparó el cañón y de una

patada levantó la tapa de aceroplástico.

Introdujo el cañón del extintor y jaló el gatillo al máximo.

La presión con que salió el gas, líquido segundos antes, fue ensordecedora. Tuvo que sujetar con fuerza el cañón de acero inoxidable para no ser impulsado hacia atrás.

Inmediatamente, la trampilla se llenó de nieve carbónica. Los gases inertes, además de producir frío y enturbiar la atmósfera allí reinante, desplazaron el oxígeno.

Escuchó toses. No cabía duda, allí estaban los Hijos de Selene.

Se produjeron gritos, luego disparos. El cañón del extintor fue perforado limpiamente de dos balazos, pero Ian Krever saltó indemne.

Estaba dispuesto a vaciar todo el extintor para alejar a los Hijos de Selene y al mismo tiempo, si utilizaban una mecha para detonar los explosivos, ésta se apagaría al ser desplazado el oxígeno y hallarse inmersa en una atmósfera inerte.

La mezcla de gas apagafuegos se distribuyó por el alcantarillado y al fin, cuando se apagó la carga, Ian Krover apartó de sí el extintor. Tomó la linterna que llevaba en el bolsillo y se decidió a bajar sabiendo que se exponía a ser asesinado por los selenitas.

Contuvo la respiración. Estaba consciente del poco tiempo que tenía para permanecer en la alcantarilla, falto de aire respirable.

Se estremeció. Las paredes se habían llenado de nieve carbónica y el frío en aquella especie de pozo era intenso.

Consiguió llegar al fondo donde la visibilidad era nula pese a la linterna, pero esperaba que pronto se desplazara la mezcla extintora y la visibilidad aumentara.

Tropezó con un cuerpo y a punto estuvo de caer al suelo.

Se inclinó sobre él y descubrió que era un hombre armado con una primitiva metralleta portátil, todavía caliente.

Le tomó el pulso; no había movimiento.

—Está muerto —se dijo.

Tomó la metralleta pero en lugar de proseguir, cuando ya sentía que sus pulmones iban a estallar, decidió ascender a la sala de servicios y máquinas del edificio para tomar aire. Era como si estuviera efectuando inmersiones bajo el agua.

Dejó la metralleta en lo alto y tras llenarse los pulmones, se sumergió de nuevo en la atmósfera inerte, no respirable e

intensamente fría.

No tardó en descubrir otro cuerpo, ya más visible. La cianosis le había causado la muerte.

Buscó ávidamente.

Allí estaba el cargamento de explosivos, distribuidos a lo largo de la alcantarilla situada bajo el edificio.

Había una cantidad más que importante de explosivos plásticos del más elevado poder destructivo. La mecha había comenzado a arder, pero los gases inertes la habían apagado.

Rápidamente, fue arrancando las mechas y desconectando las cargas entre sí.

Para dejarlas inutilizadas, hubo de subir dos veces más a la sala de servicios para tomar aire, pero finalmente consiguió liberar al edificio del peligro que corría de ser volado en sus mismísimos cimientos.

Abandonó las cargas inertes sin detonantes y también los dos cadáveres. Luego, cuando mejorara la atmósfera, los recogería para que no fueran atacados por los roedores que habrían huido a consecuencia del gas extintor.

Krover regresó al apartamento. Llamó a la puerta y al instante escuchó la voz recelosa de Jessica.

—¿Quién es?

—Soy yo, Krover. No tengas miedo, todo ha pasado.

La puerta le fue franqueada. Había emoción en el rostro femenino que se alteró un tanto al descubrir la metralleta en sus manos.

—¿Te han disparado?

—Sí, pero no han tenido suerte. Dos de ellos han muerto.

—¡Volará el edificio! —amenazó Antonella con voz grave y cargada con una mezcla de odio y rabia.

—Vaya, la diosa ya está despierta.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el profesor Shoren ya curado.

—Profesor, va a tomar unos cuantos cabellos de esta mujer para asegurarse y se los llevará a San Diego. Analícelos y yo mismo le llamaré para conocer los resultados.

—¿Crees que esta mujer asesinó al mayor González en San Diego?

—Profesor, fue indiscreto escuchando mi video-teléfono y ahora se ha expuesto. No quiere decirme el porqué y será mejor que regrese a California.

El profesor Shoren se encaró con Antonella y preguntó gravemente:

—Dime, ¿estuviste en el despacho del mayor González?

—¡Sáquenme a este viejo de delante y quítenme las ligaduras, todo el edificio volará!

—No volará nada —dijo Krover—. Los explosivos están sin detonantes y sus compañeros han muerto.

—¿Tu madre se llamó Sophia? —inquirió el profesor Shoren, poco interesado en los explosivos y sí en la personalidad de Antonella.

—Sí, ella misma lo ha dicho antes —confirmó Jessica.

—Entonces, es mi hija. La mujer que asesinó al mayor González es mi hija...

Todos miraron perplejos y desconcertados al horrorizado profesor Shoren que se habla derrumbado en una butaca, ocultando el rostro entre sus manos.

CAPÍTULO IX

Ian Krover desató las manos de Antonella mientras ésta espetaba con furia y desprecio:

—¿Qué le pasa, por qué se horroriza? ¿Tan mal le caemos los Hijos de Selene?

—Antonella, tú eres mi hija.

Krover, frunciendo el ceño, inquirió:

—¿Está seguro de lo que dice, profesor?

—Sí, completamente. Cuando te marchaste, realicé el análisis genético del cabello que me entregaste y descubrí el paralelismo que existía con el mío. Desconcertado, hice los cálculos de probabilidades en la computadora y descubrí que, positivamente, la propietaria del cabello era mi hija y Antonella, por lo visto, es la dueña de ese cabello.

—Yo no soy su hija, soy una hija de Selene. Ninguno de su raza es mi padre o mi madre. Somos seres aparte que reclamamos nuestra libertad y el astro que nos pertenece porque de él somos

hijos, es decir, la Luna.

Jessica y Krover miraron hacia el científico para ver qué respondía éste.

—Trabajaba en la Luna cuando conocí a Sophia. Tuvimos un idilio y luego fui trasladado. Al principio, nos comunicamos, luego, ella hizo silencio. Pensé que no quería saber nada más de mí y yo mismo comencé a dejar de pensar en ella. Después me enteré de su prematura muerte y de que había tenido una hija en la Luna, una hija que, por lo tanto, era uno de los nuevos mutantes llamados Hijos de Selene y que más tarde por orden del monogobierno, fueron trasladados a la Tierra para evitar más mutaciones e incluso su reproducción.

—Por ello, siempre ha estado de parte de los Hijos de Selene, defendiéndolos pese a todo to que habían hecho, ¿verdad?

A la pregunta de Krover, Shoren asintió.

—Debía defenderlos, una hija mía era uno de ellos. Hasta hoy no he sabido realmente quién era.

—¡Yo no soy su hija! Pronto seré la diosa de los Hijos de Selene y lo dominaremos todo, ¿lo han oído? ¡Todo!

—No cabe duda de que es una mujer inteligente, pero sufre algo de paranoia.

—¿Yo una paranoica? Mentalmente soy superior a ustedes. Yo estaba cerca del mayor González, capté su pensamiento y por ello supe lo de la bomba, la superbomba que destruirá la Tierra.

—Eso no sucederá nunca. Por cierto Antonella, creo que no van a ser muy cariñosos contigo los de la Mundi-Pol cuando sepan que asesinaste al mayor González.

El profesor Shoren se había levantado pesadamente de la butaca.

De pronto, en una reacción tan rápida como sorprendente, se apoderó de la metralleta que trajera consigo Ian Krover y les encañonó con ella.

—Profesor, ¿qué va a hacer? Deje el arma, no cometa una tontería.

—Krover, no te me acerques. Os barreré a balazos a ti y a Jessica.

Las dos mujeres le miraron sorprendidas. No acababan de comprender la violencia y amenazadora postura del científico.

—Profesor, ¿qué se propone?

—Qué Antonella se marche.

La propia Antonella parpadeó desconcertada.

—¿Me deja en libertad?

—Sí, hija, márchate. Había venido aquí para encontrarte, para intentar salvarte y ahora veo que tratando de retenerte te conduciría a la ruina, a la pena capital por asesinato. Prefiero que te marches, vive tu vida. Sólo puedo ayudarte a escapar de la desintegración a que te someterían los jueces.

—Profesor Shoren, recapacite su posición —pidió Krover viendo que el cañón de la metralleta temblaba ligeramente y que en cualquier instante el excitado científico podía empezar a disparar barriéndolos a él y a Jessica, aunque lo que más le contenía era que pudiera matar a Jessica. De intentar saltar sobre él, la muchacha podía resultar baleada.

—Ya he reflexionado. Antonella, vete, eres libre. Yo les contendré y que Dios te acompañe.

—Yo no soy su hija, no lo seré jamás.

—Aunque me lo repitas mil veces, te ayudaré a escapar. No exuso lo que has hecho pero debo salvarte. Es un deber que siento en la sangre que corre por mis venas.

—Profesor, no la deje escapar. Ella es la única que nos puede conducir al escondite de los Hijos de Selene. No olvide que tienen el secreto de la superbomba de diez mil megatones que puede convertimos en esclavos salvo que queramos desintegrarnos junto con toda la Tierra.

—Me voy, pero no crea que voy a agradecérselo aceptándole como padre.

Protegida por la metralleta que sostenía el profesor Shoren, Antonella abandonó el apartamento. Antes de desaparecer, se volvió para repetir su ultimátum.

—¡Si la Mundi-Pol nos acosa, sacrificaremos al capitán Jesson!

La joven huyó, pero el profesor no abandonó su vigilancia hasta que pasaron unos minutos, los suficientes para que ya no pudieran alcanzar a la fugitiva.

—Será ya muy difícil coger a esa reina de las alcantarillas —gruñó Krover mirando con reproche al profesor Shoren.

Jessica, agotada por la tensión, vestida tan sólo con la bata de baño, se dejó caer en el sofá.

—Sabía que los Hijos de Selene traerían problemas pero no tantos. —Miró al profesor—. Creo que ha hecho desperdiciar a Krover una gran oportunidad de resolver este problema.

El propio Jan Krover agregó:

—Ahora es posible que se derrame mucha sangre. Los Hijos de Selene están dispuestos a todo. Antes tenían una rebeldía pasiva, de distanciamiento, pero actualmente es ofensiva. Están atacando ahora que ya tienen un jefe, todo un dios. Sólo falta que se case con Antonella y tendrán una diosa también.

—Antonella es mi hija, no podía hacer otra cosa.

Shoren arrojó la metralleta al suelo. Volvió a sentarse en la butaca y, cansado, agregó:

—Haz lo que quieras de mí, Krover, pero ella es mi hija y no podía permitir que la sacrificaran en la cámara desintegradora.

—No es sacrificio, profesor, hay una justicia, un tribunal. Antonella ha asesinado fríamente para robar un secreto de importancia capital, Su crimen puede traer el caos a la humanidad entera. ¿Es que no se da cuenta de que si descifran todo el contenido de la cinta secreta de computadora tendrán en su poder la superbomba HC de diez mil megatones, capaz de reventar la Tierra?

—No la harán reventar, morirán ellos también —objetó el profesor.

—Ignoramos de lo que son capaces, no olvide sus mutaciones cerebrales. No son totalmente iguales a nosotros. El albinismo ya es lo de menos, aunque sea lo más espectacular. Su narcolepsia, su poder para producirse catalepsia a voluntad, su telepatía, aunque parece que aún no la dominan totalmente. Son paranormales, profesor.

Shoren se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que yo le haga? Yo no soy el monogobierno. Entrégame a Mundi-Pol por lo que he hecho, todo me da lo mismo. Tenía gran esperanza en hallarla y ahora que ya la he visto, me da igual morir.

Jessica miró interrogante a Krover. La decisión debía tomarla él.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada. Yo no soy de Mundi-Pol y no voy a delatar a un hombre que lo único que ha hecho es proteger a su hija.

—Estoy de acuerdo contigo, Ian —asintió Jessica.

—Profesor, será mejor que regrese a California o por lo menos se instala en un hotel y no salga de él.

—¿Temes que vuelva a estropear tu planes? —preguntó con amargo sarcasmo.

—No creo que se le ocurriera repetir la hazaña. Además, le conviene descansar. Aunque ligeramente, está herido y las emociones han sido muchas.

—De acuerdo.

Se dirigió hacia la puerta y, encorvado, le vieron salir del apartamento.

—¿Qué haremos ahora?

—Hay que impedir que se hagan dueños de la superbomba, aunque sea sacrificando al capitán Jesson. Por de pronto, habrá que abandonar este apartamento porque es muy posible que regresen para terminar con nosotros y silenciarnos.

—En ese caso, me vestiré y nos alejaremos de aquí. ¿Crees que será bueno dar la alarma en el edificio?

—No, es preciso que nos vayamos inmediatamente, es decir, en pocos minutos. Te daré tiempo para que te vistas y mientras, iré abajo. Hay que sacar unos cadáveres y unos explosivos, también unas motocicletas que pueden ser muy útiles para circular por las alcantarillas, pero antes... dediquemos unos minutos a nosotros mismos.

Mientras, Antonella, cargada de odio, trataba de reunirse con los suyos.

Segunda Parte
CAPÍTULO X

White God, además de joven, era alto y fuerte, pero su albinismo era total. Nadie era tan sensible a la luz como él. Unos focos medianamente potentes le dañaban hasta hacerle enloquecer de dolor.

En aquellos momentos, White God se hallaba junto a un grupo de tres Hijos de Seiene que conocían lo suficiente sobre computadoras como para atreverse a manejar la pequeña descifradora soviética.

—Hay que traducir la cinta cuanto antes.

—No es tan fácil —observó el jefe del grupo—. Esta computadora es muy primitiva, del año mil novecientos noventa y cinco, y la cinta es del dos mil cinco.

—Diez años es muy poca diferencia

—Es mucha diferencia, White God —puntualizó el jefe de expertos que trataba de descifrar la clave—. La cinta fue perforada con otra computadora mucho más avanzada.

—Pero conseguiréis descifrarla, ¿no?

—Sí —dijo el jefe del grupo—. Tardaremos pero la traduciremos. Ya tenemos una primera parte. Sabemos de qué bomba se trata, su capacidad.

—Para someter a los terrestres hay que conocer la ubicación de la bomba HC y también su forma de detonarla. Ahora no nos harán caso.

—La tendrás descifrada. La computadora va lenta, hay que ayudarla En realidad, esta descifradora electrónica debía servir para traducir los mensajes secretos que enviaban los norteamericanos. Tiene que hacer muchos cálculos, pero lo descifrará, es una computadora muy primitiva pero efectiva.

—Eso espero. De ella depende ahora nuestro poder, nuestra libertad.

White God, que iba escoltado por media docena de los mutantes más fornidos, se alejó de los que trataban de descifrar la cinta que les daría el poder por el terror.

El capitán Jesson se hallaba en la planta inferior del gran parking que utilizaban los Hijos de Selene como refugio casi inaccesible.

Jesson estaba encerrado dentro de una jaula colgada del techo a la que se unían unos cables.

Le habían despojado de su querida guerrera, también de la camisa. En realidad, estaba en ropa interior, hasta los zapatos y calcetines le habían sido quitados y estaba muy cerca de parecer un simio enjaulado.

—White God, sácame de aquí. Todavía estás a tiempo de que olvide lo que me habéis hecho.

—¡No eres nadie, capitán Jesson, nadie! Tú perseguías a los Hijos de Selene, querías destruimos y has sido cazado.

—Mis compañeros de Mundi-Pol me sacarán de aquí. No les costará mucho localizar este garaje abandonado.

—No será fácil hallarlo. Arriba todo son ruinas de lo que fue el mayor rascacielos del mundo, el Light Palace Building. No es fácil entrar aquí, ningún agente de Mundi-Pol sabría hacerlo y la entrada está fuertemente vigilada.

—¡Os seguirán cuando recojáis los víveres que se os entregan diariamente!

—No. Aquí dentro hay víveres suficientes como para permanecer todo un año sin salir. En realidad, se han ido recogiendo los alimentos y acumulándolos, no solo en Nueva York, sino en otras ciudades. Han sido varios los cientos de Hijos de Selene que se han camuflado maquillando su pelo, ocultando sus pupilas albinas con lentillas plásticas coloreadas, tiznándose el cabello. Ellos son los que se han desperdigado por otros lugares para traer víveres y cuanto nos hace falta, también armas y explosivos. Esta misma noche volaremos la estación de seguridad de Mundi-Pol para que tengan constancia de lo fuertes que somos.

—¡Estás loco, White God, estás loco! ¡Sois un hatajo de borregos al seguir a un demente endiosado y fanático, tenéis que abandonarle!

White God sonrió fríamente. Sus pupilas no podían distinguirse a simple vista y menos con la escasa luz que allí había.

Era obsesivo ver aquellos ojos totalmente blancos, como si fueran ciegos, como dos huevos de paloma llenando las cuencas, huevos sin mácula alguna.

—Pasadle unos voltios.

Ante aquella orden, el capitán Jesson se estremeció.

Apartó las manos de los barrotes instintivamente, pero toda la jaula la constituían barrotes, lo mismo el techo que las paredes o el piso de la misma, sobre el que descansaban sus pies desnudos.

Miró en derredor suplicando clemencia.

El terror le hizo temblar. Sus dientes castañetearon y sintió como si un río gélido recorriera el interior de su espina dorsal.

Sólo veía rostros albinos, cabellos blancos, largos la mayoría de ellos. Vestiduras de corte franciscano, miradas indescifrables. Eran los Hijos de Selene que se hallaban en torno a la jaula. Era su presa, no podía esperar nada de ellos que significara piedad.

La mano blanca, de uñas también blancas y pulso firme de un mutante, movió el mango del graduador de voltaje. El voltímetro fue marcando la intensidad de los voltios que iban pasando por los barrotes de la jaula dentro de la cual estaba el capitán Jesson.

Para escapar de la corriente que aguijoneaba las sensibles plantas de sus pies, Jesson comenzó a saltar dentro de la jaula como si de un simio se tratara.

El voltímetro fue subiendo y el capitán, torturado por la electricidad, comenzó a gritar en medio de una frenética locura que le obligaba a brincar.

Cuando no eran los pies quienes recibían el voltaje al contacto con los barrotes metálicos, eran las manos, los brazos, la espalda o las nalgas.

—¡White God, te lo suplico, piedad, piedad!

El líder selenita seguía sonriendo. La compasión no parecía anidar en él. En aquellos momentos hubo un murmurllo entre los Hijos de Selene, todos volvieron sus cabezas, hasta el mismísimo White God.

Antonella acababa de regresar.

—¡White God!

—Hola, Antonella. ¿Cómo ha ido todo? —preguntó clavando sus ojos en la hermosa joven cuya cabeza se inclinó ante White God como todos los mutantes que le considerasen su jefe, casi su dios.

—He dado el ultimátum.

—¿Todo ha ido bien?

—No mucho. Hay un hombre llamado Krover que ha eliminado a los dos Hijos de Selene que me acompañaban.

—¿Y dices que se llama Krover?

—Sí.

—He oído hablar de él, a la Luna llegaban noticias suyas. Es un tipo que gusta de resolver tos problemas difíciles.

—Sí, el mismo.

Como los alaridos del capitán Jesson apenas les permitían entenderse, White God dio con su mano la orden para que cesara la tortura.

Jesson, jadeante, quedó sentado en la jaula. Su respiración era más que agitada y su corazón latía a ciento treinta pulsaciones por minuto.

En varias partes de su cuerpo aparecían pequeñas marcas blancas. Eran quemaduras de escaso grado, pero que formaban parte del suplicio.

—¡Krover, sí, Krover os encontrará, malditos hijos de la Luna! ¡Krover os dará vuestro merecido! —chilló fuera de sí.

Sin alterarse, White God le dejó terminar y luego se volvió hacia Antonella.

—¿Ese Krover está luchando contra nosotros?

—Sí, por poco me captura —fue la respuesta rotunda de la muchacha, omitiendo lo ocurrido con el profesor Shoren y cómo había escapado.

—¿Has volado el edificio?

—No. Ese maldito Krover ha conseguido inutilizar los explosivos. Es peligroso y me temo que se desenvuelve por las alcantarillas tan bien como nosotros.

—En ese caso, lo quiero aquí.

—¿Ordenas su muerte, White God? —preguntó Antonella.

—No, lo quiero vivo, encerrado en esa jaula. Ahí dentro, los hombres pierden su arrogancia. Suplican, lloran, gritan, son como bestias.

Antonella miró a Jesson y preguntó:

—¿Los pondrás juntos?

—No. Delante de ese Krover, iremos subiendo el voltaje para ver hasta dónde resiste vivo el capitán Jesson, pero lo haremos muy lentamente para que su muerte sea dolorosa. Que tenga una agonía larga, de este modo ese Krover verá lo que le espera.

A Jesson se le hizo un nudo en la garganta, quiso chillar y no pudo. Acababan de sentenciarle a muerte con tortura lenta. Sólo había que encontrar y capturar a Krover y él moriría para dejar la jaula libre al nuevo prisionero.

—Como tú ordenes, White God. Si pones a mi disposición unos cuantos hombres, yo dirigiré la caza de ese Krover. Te demostraré que en nadie puedes confiar tanto como en mí.

—Lo sé, Antonella, lo sé.

Estiró su mano y le acarició el rostro y el cabello mientras ella permanecía quieta y orgullosa ante los Hijos de Selene.

Quedaba patente la preferencia de White God por ella y ya comenzaba a hablarse del matrimonio entre ambos.

—Yo fui quien trajo la cinta secreta. Quería entregarte todo el poder, White God.

—Lo sé, Antonella.

—Tú eres nuestro dios y nos llevarás a la Luna, a nuestro astro. Desde allí reinaremos sobre los terrestres que serán nuestros esclavos.

—Sí, Antoneila, estarán constantemente bajo la amenaza de ser desintegrados por la bomba HC. En la Luna reinaremos y allí podremos tener descendencia y multiplicarnos. Somos la raza del futuro, la raza dominante. ¡Repetidlo todos conmigo! —exclamó extasiándose—. ¡Seremos los reyes del Sistema!

Los congregados repitieron a coro:

—¡Seremos los reyes del Sistema!

Exaltado, prosiguió:

—¡Dominaremos a los terrestres que serán nuestros esclavos!

Todos lo repitieron como un canto fanatizado que pudo contemplar y oír el capitán encerrado en la torturante jaula.

—¡White God, hemos conseguido descifrar…!

El jefe del grupo de expertos dedicado a traducir la cinta secreta no continuó al ver tambalearse a su dios. Entre Antonella y otros le sostuvieron.

En aquellos instantes, White Gop era incapaz de mantener los ojos abiertos hasta que al fin se durmió totalmente.

Antonella silabeó:

—Es la narcolepsia que ha invadido a nuestro dios blanco, la narcolepsia, nuestro azote en la Tierra.

CAPÍTULO XI

—Ya conoce el ultimátum de los Hijos de Selene, teniente Boada.

Los hombros del teniente de Mundi-Pol semejaron hundirse un tanto ante lo que acababa de revelarle Krover. Junto a él, confirmando sus palabras, se hallaba Jessica. A la cita también había acudido Joshua Ben Amar, jefe del departamento social.

—Pero, algo hay que hacer para liberar al capitán Jesson. Esta locura que les ha invadido con la llegada de White God terminará en sangre, en mucha sangre.

—El secreto no puede guardarse por más tiempo, teniente Boada.

—El secuestro del capitán Jesson ya no es un secreto para nadie y toda la opinión pública mundial está esperando su liberación. La verdad es que los pocos simpatizantes que tenían los Hijos de Selene se han vuelto contra ellos tras este crimen.

—No, teniente Boada, lo más grave es lo que puede suceder.

—¿Suceder? ¿Qué pueden hacer siete mil hombres, unos asesinatos? Si la milicia ocupa esta plaza, serán barridos.

—Teniente Boada, los selenitas están a punto de alcanzar un gran poder.

—¿De qué gran poder se trata?

—Creo que ha llegado el momento de que colaboremos. Estoy aquí por orden del Center Control, la situación es muy grave.

—Hable, Krover, no me tenga más impaciente.

—Tenemos noticia de la existencia de la mayor bomba jamás creada por el hombre.

—¿Una bomba?

—Sí. Gracias a Dios, no fue explotada en la Tercera Guerra Mundial, quizá por muerte de quien debía detonarla o porque en el último momento sintieron pánico ante la destrucción masiva de la humanidad. Es una bomba HC de diez mil megatones y sobre ella existe una cinta en clave. Ellos la robaron tras asesinar al mayor González.

—¿De San Diego? — inquirió el teniente Boada.

—Así es.

—Teniente, creo que la vida del capitán Jesson debe ser salvada, pero antes que él está la supervivencia de toda la Tierra. Yo misma creía en ellos, pero ahora he comprobado que están locos y quieren dominarnos con la superbomba —expuso Jessica con vehemencia.

El teniente Boada fijó su mirada en Ian Krover y preguntó:

—¿Qué hemos de hacer?

—Estoy autorizado para pedir su colaboración.

—¿Qué pide, la invasión de Manhattan? Podríamos enviar superexcavadoras e incluso lanzar bombas de profundidad para remover todos los cimientos de las ruinas de Manhattan.

—No, tampoco hay que exterminar a todos los Hijos de Selene, sería un genocidio. Es indudable que se derramará sangre, pero hay

que evitar que millares de personas mueran. Lo principal es que no consigan el poder de la superbomba. Luego, hay que aislar a los cabecillas, en especial al peligroso White God que debe ser recluido en un centro psiquiátrico especial. Hay que desarmarles y sacarlos de las alcantarillas y ruinas de Manhattan. Creo que distribuidos por todas las ciudades de la Tierra y separados en pequeños grupos ya no causarán más problemas, pero, de momento, para lograr todo eso, debemos luchar contra ellos, cosa que no es fácil. Hay que hacerlo con cuidado, buscándolos en su propia guarida.

Ben Amar aclaró:

—Krover ha estado informándose en mi oficina sobre lo que fue Nueva York, en especial Manhattan, antes de convertirse en ruinas.

—Si, tengo un mapa del alcantarillado. Los Hijos de Selene utilizan los colectores para desplazarse de un lugar a otro y preveo que aún queda entero uno de los túneles que unían Bronx o Brooklyn con Manhattan, cruzando el East River.

El teniente Boada objetó:

—Todas las entradas y salidas de los túneles bajo los ríos están cegadas por las ruinas y escombras.

—Deben poseer algún medio para utilizar el túnel, eso ya lo averiguaré. Tengo dos motocicletas de cross de las que ellos utilizan para recorrer las cloacas.

—Si va solo a buscarlos, nada conseguirá, lo matarán —advirtió el teniente Boada.

—Supongo que sí, si me dejara, claro. Mi idea es destruir el túnel una vez lo haya cruzado. De todos modos, está inservible y no ofrece garantías. Luego, seguiré buscando la guarida de los Hijos de Selene.

—Y cuando la halle, ¿cree que podrá dar su localización?

—Si usted me proporciona un buen número de bombas lacrimógenas de humo colorado, será suficiente. En cuanto descubra su nidal, haré estallar las bombas y por algún sitio aparecerá el humo colorado. En ese momento, usted ya tendrá a sus fuerzas rodeando Manhattan desde el otro lado de las orillas del Hudson y el East River. Cuando aparezca el gas lacrimógeno por los respiraderos que lógicamente han de tener, será el instante para que ustedes asalten la isla y capturen a todos los Hijos de Selene. Les será bastante fácil. Es de día y ellos saldrán deslumbrados al tiempo

que llorosos y tosiendo por los gases.

—Pero quedarán algunos que no podrán o no querrán salir —advirtió Jessica.

—El teniente Boada, una vez haya localizado el lugar bajo el que se esconden, hará que las superexcavadoras abran una galería por la que penetrarán las fuerzas de Mundi-Pol y limpiarán la guarida totalmente. Una vez capturados, habrá terminado el problema.

—¿Y usted solo piensa hacer todo ese trabajo? —preguntó incrédulo el teniente Boada.

—Ya he dicho que tengo dos motocicletas. Preciso un hombre que me acompañe.

—Yo te acompañaré —dijo Jessica sin vacilar.

—No, Jessica. Agradezco tu ayuda, pero habrá lucha y hará más falta la fuerza que la delicadeza. Seguramente tendremos que emplear las armas.

—Yo te acompañaré —se ofreció Ben Amar.

—Bien, Joshua, iremos juntos aunque sea hasta el mismísimo infierno. En cuanto a usted, teniente Boada, cuide a Jessica y no deje asomar a sus agentes, vehículos ni superexcavadoras hasta que vea el humo rojo.

—Estaremos atentos con catalejos y sensores de infrarrojos —dijo Jessica.

—De acuerdo, Krover —aceptó el teniente Boada—, Pondré en marcha todo el plan de invasión de Manhattan por los agentes de Mundi-Pol y ahora mismo le proporcionaré las bombas de gases lacrimógenos.

—Ian, estaré sufriendo hasta que regreséis —musitó Jessica, angustiada.

—Menos mal que mi ayudante se acuerda de mí —observó socarrón Ben Amar para romper la tensión del momento.

La misión que debía llevar a cabo acompañando a Krover era extremadamente peligrosa. Su labor como jefe social había fracasado, los Hijos de Selene no habían aceptado la unión con quienes en realidad eran sus progenitores.

CAPÍTULO XII

En el reducido portaequipajes de las motocicletas habían

cargado las granadas lacrimógenas que serían lanzadas con la propia mano.

En bandolera portaban sendos fusiles láser con visores de infrarrojos y, a la espalda, unas cargas de oxígeno concentrado con careta incluida para poder internarse en medio de una atmósfera hostil como podía ser la que ellos mismos crearan con los gases lacrimógenos.

—¿Sabrás pilotar esta máquina? —inquirió Krover a su compañero.

—He practicado la equitación como hobby. Espero que esto no sea peor que un caballo salvaje.

—Es posible que se encabrite, tiene bastante potencia. Quinientos centímetros cúbicos subirían las escaleras de un rascacielos sin problemas.

—Entonces, nos internaremos en el infierno con ellas, Krover.

—De acuerdo, vayamos al infierno, pero antes demos una ojeada al plano del alcantarillado. En principio, hemos de dirigimos a los colectores que hay bajo el edificio de apartamentos donde vivía el capitán Jesson.

—Están aquí —señaló poniendo el dedo sobre un punto del mapa iluminado por la linterna eléctrica—. Hay que seguir recto por estas galerías y luego, en la ciento cuarenta, doblar a la derecha. Pasar por el nudo de conexión y tomar precisamente ésta.

—Sujeta la linterna sobre el faro. Las bombillas de los faros tienen escasa potencia y si hemos de rodar rápido por entre las galerías nos hará falta mucha luz.

El colector quedó profusamente iluminado.

Colocando el fusil láser delante, colgado de la correa plástica para ser empleado inmediatamente en caso de necesidad, lan Krover y Joshua Ben Amar pusieron en marcha los motores de sus respectivas máquinas tras dar una señal.

Krover se adelantó distanciándose de Ben Amar para no salpicarle con los detritos que iban a expulsar las ruedas.

Dentro de las cloacas, el ruido de las motos se hizo infernal, hallando miríadas de ecos.

Las ratas, cegadas por la intensa luz, chillaron rabiosas y ante el estrépito de aquellas motocicletas todo terreno, brincaron de una parte a otra, aterrorizadas.

Krover aceleró, rodando a veces por las pequeñas aceras, rozando su cuerpo contra las paredes de las gaterías y en otras ocasiones circulando por el medio de los canales de desagüe, ultrajando la eterna oscuridad de los colectores con los potentes focos que todo lo descubrían.

Al fin, se detuvo.

Allí había una señal que él mismo hiciera. Aquél era el lugar exacto donde había eliminado con el extintor a los dos Hijos de Selene.

Joshua Ben Amar se le acercó preguntando:

—¿Es aquí?

—Sí. A partir de ahora, debemos seguir sus huellas para ver por dónde han huido. Las ruedas habrán quedado bien marcadas.

Hallaran el rastro inmediatamente, pero hubieron de rodar a una velocidad prudencial para no perderte. A cada cruce que encontraban se detenían para asegurarse y no fallar.

Al fin, en un nudo de galerías, se pararon. Ben Amar advirtió:

—Si seguimos por la galería mayor iremos a parar al East River.

—Parece que las ruedas están marcadas por aquella galería estrecha. Debe pasar cerca de este túnel autovía que queda reflejado en el plano.

—Posiblemente, los técnicos lo decretaron en desuso por dañado.

—Veamos si es ése el lugar por donde los Hijos de Selene salen de Manhattan.

Se adentraron por el angosto túnel. La luz descubrió una puerta abierta no hacía mucho tiempo y de forma algo burda.

—Parece que es por aquí —indicó Krover.

Se introdujeron con las pesadas pero potentísimas y manejables máquinas, capaces de rodar sobre los cascotes y a las que no afectaba el agua ni los detritos.

Rodaron un corto tramo entre piedras y desembocaron en la amplia autovía subterránea. Las luces se desparramaron por su interior.

—Lo hemos conseguido, Joshua.

—Sí, en el suelo hay huellas de ruedas como las que estamos empleando.

—Pues vayamos en su busca, pero ahora tendremos que andar

preparados. En cualquier instante podemos toparnos con ellos.

Aceleraron rodando ahora uno junto al otro por la ancha vía. Krover gritó:

—¡Parece que el ruido aumenta!

—Yo también lo noto y no creo que sea el East River que se desliza sobre nuestras cabezas por encima del túnel.

—Opino que son otras motocicletas que se aproximan.

—¿Crees que podamos dialogar con ellos?

—No. Si queremos llegar hasta el nidal, debemos abrimos paso.

—¿Les hacemos frente, entonces?

—No queda otro remedio. Tengo autorización al respecto del Center Control. El propio general Harper en persona me la dio. Toda la humanidad está en peligro a causa de los mutantes cuyas neuronas no rigen muy bien debido a las mutaciones que han sufrido, especialmente en sus cerebros.

—De acuerdo. ¡Hay que darse prisa en actuar, ahí vienen las luces y son diez por lo menos!

—Emplea el fusil láser. En esta ocasión, nuestro objetivo es llegar y no dialogar.

Los fusiles láser vomitaron sus chorros de muerte y entre los dos barrieron el interior del colector.

Los letíferos rayos láser alcanzaron a los mutantes que venían en dirección contraria, ocupando el túnel en toda su amplitud.

Se escucharon gritos en medio del ensordecedor ruido de las máquinas que, sin control, fueron cayendo o estrellándose contra las paredes.

Fue un auténtico caos. Algunas de las motos, ya en el suelo, continuaban dando vueltas como peonzas al no detenerse sus motores y seguir girando las ruedas. Los faros resultaban sicodélicos al rodar vertiginosamente, iluminando el techo, las paredes.

Krover y Ben Amar se detuvieron para observar.

Uno de los Hijos de Selene se levantó, disparando su metralleta contra ellos.

Krover jaló el gatillo del láser y el selenita fue alcanzado por el motífero haz lumínico. Se abrió de brázos, gritó apenas un segundo y cayó hecho un ovillo.

—Creo que han caído todos.

—Comprobémoslo.

—Sí, Joshua, vale más no dejar enemigos a la espalda.

Desmontaron y observaron que todos estaban muertos. Los albinos yacían en las más extrañas posturas.

—Traen muchas cargas de explosivos.

—Posiblemente iban a volar algo.

—¿El qué? — preguntó Joshua Ben Amar.

—Lo ignoro, pero lo mismo podía ser el edificio de apartamentos que la Central de Seguridad de Mundi-Pol. Se desenvuelven tan bien por las alcantarillas, pues parecen su elementó óptimo, que cualquiera sabe.

—¿Qué haremos ahora?

—Con toda esta carga plástica que ellos han traído, volaremos nosotros el túnel. De esta forma, los aislaremos en Manhattan. Por la superficie, nada podrán intentar. Al cruzar los ríos se les vería y los otros túneles están comprobadamente destruidos.

—Con tantos explosivos reventará de forma espectacular y cuando las aguas del East River lo inunden, será fantástico.

—Quedará totalmente inundado.

Acumularon toda la carga plástica y Krover le aplicó un detonador de tiempo, calculando media hora.

—¿Será suficiente? — inquirió Ben Amar.

—Creo que sí.

—Bueno, entonces ya podemos dejarlo.

El detonador de tiempo comenzó a funcionar con un apenas perceptible y monótono tictac.

—Aguarda, Joshua.

—¿Qué sucede?

—Podemos vestimos con esos sayales de estilo franciscano que ellos utilizan. Con la capucha no nos reconocerán en seguida, pues posiblemente tengan vigilancia al final del túnel.

—Sí, creo que con los sayales no nos identificarán fácilmente hasta que estemos ya encima.

Desvistieron a dos de los cadáveres y se cubrieron con los sayales, subiéndose las capuchas.

—Sigamos adelante.

Las dos motocicletas se pusieron en marcha dejando atrás los explosivos, cortándose ellos mismos la retirada en caso de ser atacados por los miles de selenitas que habitaban en los

alcantarillados y entre las ruinas de Manhattan.

Llegaron sin novedad al final del túnel. Allí, escrutaron cuidadosamente las huellas dejadas por las motocicletas cuando escucharon una voz que les gritaba:

—¿Qué ha pasado, por qué regresáis?

Krover encaró la luz hacia el lugar por donde brotara la voz, era una grieta abierta en el muro. Un Hijo de Selene estaba allí, y fue alcanzado por un disparo láser.

—Sígueme, Joshua, debe ser por aquí. Ya hemos rebasado su control de vigilancia.

Por la grieta pasaron a una galería y luego se internaron en un garaje subterráneo. Allí estaban los Hijos de Selene, entre automóviles abandonados hacía décadas.

—Hemos llegado al nidal —gruñó Krover moviendo el haz de luz que barrió el interior del parking.

Ante los haces lumínicos que herían los ojos albinos se escucharon gritos de protesta.

—¿Qué hacemos?

—Comenzar a lanzar las bombas lacrimógenas de gas colorado, hay que sacarlos de aquí. Es seguro que tendrán varias salidas al exterior por las que normalmente salen durante la noche y recogen los víveres que les entregáis.

—Sí, es seguro. Quién sabe qué intrincadas galerías o grietas utilizarán para salir.

—Pronto lo sabremos. Ponte la careta.

Ambos se colocaron las caretas con respiración autónoma y protección de vías respiratorias y ojos.

Comenzaron a lanzar las primeras granadas que estallaron dejando escapar el potentísimo gas lacrimógeno colorado.

Casi inmediatamente, se escucharon toses y protestas. El gas no era mortal ni muchísimo menos, pero resultaba inaguantable.

Ante aquel ataque masivo de las potentísimas bombas lacrimógenas, los Hijos de Selene, sorprendidos en su guarida, comenzaron a desplazarse hacia los pisos superiores del abandonado parking subterráneo.

Ian Krover tuvo que repeler con el fusil láser a varios mutantes que le dispararon a su vez.

Los gases hicieron la atmósfera irrespirable para los millares de

selenitas, desprovistos de caretas protectoras, que se marcharon en una especie de alocada estampida.

Las toses eran abundantísimas, pero quien tosía y gritaba más era el capitán Jesson.

—¡Socorro, sáquenme de aquí!

lan Krover se le acercó con la máquina.

—¡Aguarde, ahora le saco!

En medio de la tos y con los ojos repletos de lágrimas, el capitán Jesson empezó a brincar dentro de su encierro.

Ian Krover, que se había levantado ligeramente la careta para poder hablarle, se la colocó de nuevo. Descubrió a un mutante que movía el elevador del voltaje y le disparó, aniquilándolo.

Rápidamente, se dirigió al control de voltaje y lo quitó por completo. Acto seguido, regresó junto a la jaula y disparó contra la cerradura, abriéndola.

Deshecho materialmente, con bronca tos y cegado por las lágrimas, el capitán Jesson fue recogido por Ian Krover que, con gestes, le obligó a sentarse en el portaequipajes de la máquina.

Ascendieron por la rampa a los pisos superiores del garaje, nido de los selenitas. Lo mismo Ben Amar que Krover consumieron todas las bombas lacrimógenas y el subterráneo, al igual que las galenas anexas, se hizo irrespirable. Los mutantes habían aflorado a la superficie por millares.

Siguiéndote, ellos mismos salieron al exterior viendo que el teniente Boada no había fallado.

Allí estaba con sus agentes, encerrando en vehículos especiales a los Hijos de Setene.

Una superexcavadora se situó frente a la angosta galería por la que acababan de aparecer Krover, Jesson y Ben Amar, dispuesta a abrir un túnel que permitiera entrar con vehículos y efectuar una limpieza total del subterráneo.

—¡Krover, teniente Jesson!

El teniente Boada y Jessica corrieron hacia ellos.

Ben Amar y Krover se quitaron las caretas y el capitán cayó al suelo. Dos agentes le practicaron la respiración artificial para limpiar sus pulmones de gas, ya que él lo había tragado como nadie al estar encerrado en la jaula sin poder escapar hasta ser liberado.

—Ian, ¿no te ha sucedido nada?

—No, Jessica, pero abajo han quedado varios muertos de los mutantes. Ha sido necesario para poder sacarlos de su madriguera.

Jesson, recuperado, comenzó a explicar:

—White God, su chica, creo que se llama Antonella y un grupo de diez, se han marchado antes de que llegaran ustedes.

—¿Adónde? — preguntó Krover, preocupado.

—En un vehículo anfibio y submarino, se han ido por un colector. Han descifrado la clave y están congestionados de satisfacción.

Krover miró al teniente Boada con viva inquietud. El momento era patético. Los Hijos de Selene habían logrado averiguar el secreto de la superbomba HC.

—¿Sabe adónde han ido, capitán? —insistió Krover.

—No estoy seguro. Creo que han mencionado el valle de Steubenville en Ohio, Eagle Grange.

En aquel momento, la tierra semejó temblar.

Todos miraron hacia el East River donde se elevó una gran columna de agua.

—Han estallado los explosivos del túnel —indicó Krover.

Tras la gran columna de agua se produjo un remolino y la corriente del East River invadió el túnel en medio de un violento caos, barriendo cuanto pudiera existir en el mismo e impidiendo la escapatoria a quienes trataran de utilizarlo.

CAPÍTULO XIII

El vehículo anfibio abandonó las aguas de la bahía.

En una caleta de Richmond, cerca de las ruinas de lo que antiguamente fuera una gran mansión, aguardaba camuflado un bus-aéreo provisto de dos potentes motores nucleares.

—Será fácil hallar la superbomba —dijo, feliz, Antonella, sonriendo con malicia.

—Sí, es el comienzo de nuestro poder. Pronto, los Hijos de Selene nos impondremos sobre esos engreídos y soberbios terrestres —asintió White God con énfasis.

Pasaron al bus-aéreo ocupando sus respectivas butacas.

El jefe del grupo de especialistas electrónicos tomó el mando de la nave que no tardó en ponerse en marcha, despegando. Se

internaron en el continente para dirigirse al estado de Ohio.

Los selenitas que viajaban en el bus-aéreo a duras penas disimulaban su satisfacción, ignorando lo ocurrido en su guarida de Manhattan de la que habían sido desalojados.

Todos ellos soñaban con el gran triunfo de dominar la Tierra y la Luna, su astro natal, gracias a la superbomba construida en los albores de la Tercera Guerra Mundial y que tantos millones de vidas humanas segara.

En pocos minutos arribaron a Ohio.

Sobrevolando el estado, buscaron el valle de Steubenville y en él, la Eagle Grange, una granja que localizaron desde el aire con cierta facilidad gracias a los datos tan exactos que les proporcionara la descifrada cinta secreta.

La granja se veía solitaria, abandonada como tantas otras granjas, ranchos, aldeas e incluso ciudades de toda la Tierra tras la tercera conflagración mundial.

El bus-aéreo tomó tierra junto a la granja. Desde el interior del vehículo, la observaron con atención.

—Parece que no hay nadie, ni siquiera animales —comentó Antonella,

—Poned atención, relajaos —ordenó White Gold—. Voy a tratar de captar telepáticamente si hay algún ser humano en la granja o sus alrededores. Si nos descubren podríamos perderlo todo.

Se relajaron en sus butacas.

White God entró en tensión, cerró los ojos y su cerebro se hizo hipersensible. Al fin, comunicó:

—Hay un humano cerca de aquí.

Sus compañeros le observaron preocupados.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre. No sé dónde está, pero hay un hombre y debemos eliminarlo antes de entrar en posesión de la superbomba. Tres de vosotros bajad a buscarlo y matadlo.

—Yo bajaré con ellos —propuso Antonella que, después de White God, trataba de ser el miembro más importante de los hijos de Selene.

—Bien, Descubridlo pronto y acabad con él.

Del bus salieron dos mutantes varones y Antonella. Los tres iban armados de metralletas y unas gafas oscuras que protegían sus ojos

de la luz. Aunque era el atardecer, el sol hería sus pupilas carentes de pigmentación.

Antonella forzó su hiperestesia tratando de localizar al ser cuya presencia había delatado el cerebro de su jefe.

La casa parecía desierta y todo aquello, nada tenía de extraño. Era un paisaje cualquiera, con una casa de ladrillo y madera abandonada.

Pasaron junto a un bosque de abetos al que Antonella se había acercado tras captar las ondas cerebrales del hombre que consideraban intruso y peligroso en la zona.

—¿Eh, qué hacen ahí? — inquirió una voz varonil.

Se volvieron los tres hacia él, encañonando con sus armas a la figura que se movió entre los árboles.

—¡Matadlo! — ordenó secamente Antonella.

Dispararon varias ráfagas de ametralladora, pero el hombre, al verse encañonado, tuvo tiempo de saltar tras un árbol, protegiéndose de los plomos que se incrustaron en el tronco.

El hombre, un solitario guardabosque, estaba armado con una pistola láser de escasa potencia y repelió la agresión.

El pequeño haz lumínico alcanzó a Antonella que se retorció doblando las rodillas sin llegar a caer totalmente.

Los dos mutantes hicieron más disparos contra el vigilante, obligándole a esconderse tras los árboles mientras le rodeaban.

El guardabosques, que les había identificado como los Hijos de Selene, pues sus rostros albinos habían aparecido en las pantallas de los noticieros, se apresuró a establecer contacto con su puesto de mando mediante el microemisor que portaba, cuya pequeña pero potentísima antena estiró.

—Atención, atención, puesto de mando, llama Halley, atención.

—Aquí puesto de mando. ¿Qué sucede, Halley?

—Los Hijos de Selene están...

No pudo continuar.

Varios proyectiles le cazaron por la espalda, pero mientras caía tuvo tiempo de disparar su láser contra uno de los mutantes.

El selenita, alcanzado de lleno, murió instantáneamente.

El albino que había salido indemne del tiroteo, se acercó al micropulsador y lo aplastó con su bota, destrozándolo.

Movió con el pie el cuerpo del guardabosque y comprobó que

estaba muerto. Después, regresó junto a Antonella que se hallaba herida.

—¡No me dejes aquí, llévame con White God! —suplicó la mujer, tratando de ponerse en pie dificultosamente.

El selenita comprobó que Antonella había sido alcanzada por el láser en el costado, junto al vientre. Sus ropas aparecían manchadas de rojo. Era un rojo claro, como toda la sangre que circulaba por sus venas.

La cogió por el brazo y la ayudó a regresar al bus-aéreo donde aguardaban los demás.

White God apareció en la puerta, preguntando:

—¿Habéis dado con él?

—Sí —asintió Antonella.

El albino que la acompañaba aclaró:

—Era un guardabosque.

—¿Le habéis exterminado?

—Sí, aunque también ha muerto Henry.

—¿Te ha herido, Antonella?

—Sí, pero no es grave, podré resistir.

White God, más preocupado de sí mismo y de su poder que de los demás, no concedió ninguna importancia a la muerte del mutante y tampoco a la herida sangrante de Antonella.

—Bien, vayamos a la cabaña. Hay que encontrar la superbomba HC.

Le siguieron hacia la granja y penetraron en ella. Todo estaba abandonado, sucio. Las alimañas habían anidado allí.

—Hay que encontrar la caja de control.

—Según la cinta, está en el sótano, dentro de un tonel fijado a la pared —aclaró el jefe del grupo de especialistas electrónicos.

—Pues, bajad.

No les fue difícil hallar la trampilla.

El sótano aparecía oscuro y siniestro, pero las tinieblas eran lo que menos importaba a los Hijos de Selene.

Antonella, malherida, se sentó en una silla destartalada. Con su mano intentaba contener la fina pero penetrante herida. Por entre sus dedos, lentamente, fluía la sangre.

Forzaron la tapa del tonel colocado en horizontal al suelo, un tonel vacío e inservible aparentemente. Detrás de la tapa apareció

una caja con unos botones de mando.

—¡Ya lo tenemos, White God!

—¿Sabréis hacerlo funcionar sin que estalle la superbomba?

—Con los datos que nos ha facilitado la cinta perforada, si.

—Pues, adelante. Quiero verla, llenar mis ojos con ese poder que nos dará el mando absoluto de nuestro universo.

Los selenitas comenzaron a poner en marcha aquel artefacto olvidado por todos y que nadie había llegado a emplear jamás. Un alto secreto militar al que contadas personas habían tenido acceso y todas ellas habían muerto en la Tercera Guerra Mundial, quedando la superbomba completamente olvidada.

Un botón rojo se encendió en el pequeño panel de mandos, luego otro verde.

Siguieron moviéndolo, manejando sus guarismos como si de una selectísima caja de caudales se tratara.

De súbito, la tierra semejó temblar... Todos miraron en derredor, asustados.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó White God desde lo alto, ya que él no había descendido al sótano.

—Lo ignoramos. Hemos puesto en marcha los circuitos para poder sacar la bomba de su encierro ultrasecreto.

Antonella, también asustada por los temblores, se había puesto en pie.

Miró por la ventana y gritó:

—¡Allí, allí!

White God se acercó a ella, contemplando el llano que se extendía frente a la granja, lo que aparentemente podía haber sido una plantación de maíz.

La tierra se estaba levantando como si entrara en erupción un volcán.

Una enorme trampa de acero inoxidable, sobre la que descansara la aparentemente inofensiva plantación, se abría para dejar paso a la superbomba que había permanecido allí, oculta a los ojos de toda la humanidad que la hubiera temido como el más espantoso horror de todos los tiempos.

El fuerte ruido de un poderosísimo montacargas comenzó a funcionar y la punta coniforme de la gran bomba HC, colocada sobre un cohete gigante «Galaxia-101» con autonomía casi total,

pues podía ser enviado a cualquier punto de la Tierra o el espacio, comenzó a aparecer lentamente pero de forma segura y ya incontenible.

Todo el mecanismo se había puesto en marcha.

CAPÍTULO XIV

Apretados en el «Mustang» deportivo que el propio lan Krover conducía, viajaban Jessica y Ben Amar.

El teniente Boada había quedado al mando de toda la operación de captura y aislamiento de los selenitas que Krover desalojara de las ruinas de Manhattan de forma tan espectacular.

Aquellos Hijos de Selene, que serían separados en grupos para evitar posteriores rebeldías y fanatismos, eran mutantes y sus cerebros no regían perfectamente. Por ello, había que disminuir su peligrosidad.

—Hay que llegar a tiempo antes de que se hagan con el poder de la superbomba HC o toda la Humanidad estará perdida — gruño Krover, preocupado.

Ben Amar comentó:

—Ese White God es un loco. Padece una paranoia esquizofrénica debido a la mutación de su cerebro. Los demás la tienen leve, pero él es un elemento peligrosísimo.

—Con lo que nos ha revelado el capitán Jesson de cómo se hacía adorar en el nidal subterráneo, es suficiente para darse cuenta de cómo está.

—¿Será difícil hallar la granja? —inquirió Jessica.

—Conocemos el valle y podemos hacer ya una llamada al centro de vigilancia de los bosques de la zona.

—Sí, será lo mejor —opinó Joshua Ben Amar.

Krover efectuó la llamada por radio y no tardó en ser receptado.

—Aquí centro de control de vigilancia del territorio de Ohio.

—Soy Ian Krover y viajo con mi auto-aéreo acompañado de Ben Amar, director del centro social de Nueva York, y su ayudante Jessica Lester.

—Entendido.

—Estamos buscando una granja abandonada en el valle de Steubenville, parece que se llama Eagle Grange.

—Comprendido. Precisamente, esa zona nos tiene preocupados.

—¿Algún problema?

—Sí, un guardabosques ha quedado silenciado después de avisar que había visto Hijos de Selene. ¿Es a ellos a quienes buscan?

—Sí, y es urgente. ¿Sabe el sector en que debió quedar silenciado el guardabosque?

—Sí, tome las coordenadas.

Les facilitaron las coordenadas correspondientes que pasaron a la memoria del «Mustang».

—Gracias por la información. Buscaremos el lugar y les notificaremos lo que sepamos sobre su guardabosque.

—Agradecidos. Íbamos a mandar una patrulla de reconocimiento.

—No lo hagan por ahora, podría ser peligroso.

—Entendido. Cambio y fuera.

La memoria del auto-aéreo sport les condujo hacia las coordenadas.

—¡Allí, en el llano, está apareciendo una especie de cohete espacial! —observó Jessica, excitada.

Por su parte, pálido como la cera, Ben Amar preguntó:

—¿Qué hacemos? Ya la han encontrado.

—Tienen la bomba en su poder y si nos ven, pueden comenzar a amenazarnos con ella. De momento, lo que ignoran es que estamos aquí. Mi «Mustang» es silencioso y es posible que no hayan advertido nuestra presencia.

—¿Propones luchar contra ellos?

—Sí. Atacarles por sorpresa y evitar que impongan el terror.

—¿Cómo les atacaremos?

Ante la ansiosa pregunta de Jessica, Krover respondió:

—Primero tomaremos tierra. Luego, iremos acercándonos a la granja tratando de no ser descubiertos.

El «Mustang» se internó entre los árboles, a cierta distancia de la casa.

Ya en tierra, descendieron.

—Joshua, toma el fusil láser, habrá pelea. Se defenderán como gatos panza arriba.

—Sí, no les daremos cuartel. Ahora que ya han sido controlados todos los selenitas de Nueva York, sólo quedan ellos.

—Bien. Tú, Jessica, quédate en el aparato.

—No, voy con vosotros. No quiero quedarme otra vez esperando.

—Está bien —aceptó Krover—. De nada serviría insistir, las mujeres siempre ganáis.

Abandonaron el «Mustang» y, entre los árboles, se aproximaron a la granja.

Pese a la distancia pudieron ver cómo la gran bomba iba surgiendo de las entrañas de la tierra, lentamente, pulgada a pulgada.

A simple vista podía observarse que se trataba de una superbomba montada sobre el cohete que había de impulsarla y conducirla al destino que se le ordenara, destino que no importaba lo lejos o escondido que pudiera estar, pues el artefacto se elevaría en vertical hacia el cielo para luego descender también en vertical hacia el objetivo a destruir.

Por la parte posterior de la cabaña se acercaron sin ser descubiertos.

Los Hijos de Selene debían estar absortos y extasiados contemplando aquel ingenio que les daría todo el poder que codiciaban.

—Joshua, tú ve por el otro lado, yo iré por el Oeste. Tú, Jessica, quédate aquí cubriéndonos. Si ves a un Hijo de Selene, dispárale el láser. Como es silencioso, caerá sin despertar la alarmaIan Krover consiguió llegar a la ventana. Despacio se asomó por ella.

Vio a varios selenitas de espaldas y a Antonella de costado, sentada en una silla con los ojos entornados.

Observó que el suelo y sus ropas estaban manchadas de sangre y supuso que algo le había ocurrido.

Descubrió a Joshua Ben Amar en la ventana opuesta, al otro lado de la gran estancia que ocupaba la parte delantera de la casa, frente al largo zaguán. Estaba dispuesto a atacar.

A través de la ventana, Los Hijos de Selene contemplaban la bomba que seguía emergiendo lentamente de su escondite, a punto para ser disparada.

De pronto, uno de los mutantes, al volverse descubrió a Joshua y dio la alarma

—¡Hay un intruso!

Rápidamente, volvieron sus armas contra Joshua, pero Ian Krover los barrió con su fusil láser, dejando sólo con vida a Antonella, la cual gritó:

—¡White God, White God, nos atacan Krover, viéndola herida y mujer, no quiso matarla y saltó al interior de la casa por la ventana.

Ante él estaba la trampilla y haciendo caso omiso de los gritos de Antonella, se acercó a la abertura. Desde el sótano le dispararon y a punto estuvieron de alcanzarle.

—¡Salid de ahí dentro, no tenéis escapatoria!

—¡Antes hundiremos la Tierra! —advirtió White God.

Joshua Ben Amar también se había introducido en la casa y preguntó a Krover:

—¿Qué hacemos?

—La bomba aún no ha salido de su encierro, terminemos de una vez.

Los fusiles láser fueron disparados hacia el interior del sótano, barriéndolo en todas direcciones.

Se escucharon gritos, gruñidos y exclamaciones. White God aulló:

—¡Todos, todos moriremos!

—Hay que terminar con las ratas —mascullo Ian Krover, perforando hasta el piso de madera con el láser al tiempo que, desde abajo, también disparaban metralletas tratando de alcanzarlos.

—¡Muera el mundo! —gritó White God cuando encajaba el chorro de láser enviado por Krover.

De pronto, se produjo un gran estruendo, algo que hizo temblar hasta los cimientos de la granja.

Las miradas de Ian y Joshua se dirigieron a la ventana.

La superbomba HC de diez mil megatones había sido puesta en marcha por White God antes de ser exterminado.

Los motores del gigantesco cohete que la sostenía comenzaron a funcionar despidiendo grandes llamaradas.

Sin terminar de salir de su fosa, en la que había permanecido encerrado durante décadas, por los costados del gigantesco cohete comenzaron a brotar nubes de gases a miles de grados de temperatura.

El gigantesco cohete osciló.

Ian y Ben Amar se miraron entre sí. ¿Estallaría la superbomba en aquellos momentos si volcaba el cohete?

Lentamente al principio, la bomba comenzó a despegarse del suelo recuperando la verticalidad. En medio de las gigantescas llamaradas que la impulsaban hacia ¡o alto, se elevó.

—¿Cuál será su objetivo? —se preguntó Ian Krover con voz queda.

—Sea cual fuere, la Tierra quedará totalmente destruida —observó Ben Amar—, Todo está perdido, ese loco ha destruido a la Humanidad.

La superbomba se alzó en el cielo y, sin destino, cruzó la atmósfera y la ionosfera. Como un diminuto punto luminoso, siempre en vertical a la Tierra, se perdió en el espacio mientras el firmamento se oscurecía; había llegado la noche.

—¡Estamos salvados! —gritó Krover—, ¡La superbomba se ha perdido en el espacio! White God la ha lanzado pero sin objetivo concreto y vagará hasta que termine estallando contra algún lejano y perdido astro, quién sabe a cuántos millones de años luz.

La alegría les embargaba, todo había pasado.

De pronto, Ben Amar observó:

—Antonella ha desaparecido.

Miraron en derredor, la mujer no estaba. Salieron de la casa y la encontraron tendida en la hierba. Junto a ella estaba Jessica, que al verles llegar se puso en pie y comunicó:

—Acaba de morir. Ha dicho que la había herido un guardabosque cerca de aquí.

—Los demás también han muerto —concretó Ben Amar.

Jessica miró a Krover y musitó:

—Me ha dicho que le pidiera perdón a su padre. Ha tenido un último pensamiento para él. Por lo visto, no estaba mutada totalmente.

—Sí. Aunque pretendieran ser distintos, todavía quedaba en ella la raíz de nuestra sangre.

Ian Krover posó su mano sobre los hombros de Jessica, atrayéndola hacia sí.

—Vayamos a mi «Mustang» —dijo—. Hemos de comunicar al mundo que el peligro ha pasado. White God ha muerto y la bomba HC se ha perdido en el espacio.

Ben Amar se ofreció:

—Yo me adelantaré a hacerlo. Vosotros podéis caminar más despacio.

Ambos comprendieron, y mientras la noche les cubría, Jessica y Krover, con el peligro de la destrucción del mundo conjurado, unieron sus labios. Había un futuro que gozar.

FIN